

CRÍTICAS RECIENTES A LA CIENCIA ECONÓMICA *

P. Hennipman

(Profesor de la Universidad de Amsterdam)

En todas las épocas, incluso en la actual, juzgando desde el punto de vista de las exigencias de cada período (...), la realización de la teoría económica ha sido inferior a la expectación que razonablemente ha suscitado y ha estado abierta a una crítica válida.

J. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, 1954, pp. 18-19.

La tarea del economista es ardua por la naturaleza intrincada de los fenómenos que debe estudiar; pero está mejor situado que los demás investigadores sociales, y si no presta oídos a las reflexiones de los más desconfiados, los éxitos pasados de su ciencia y de su vitalidad actual pueden proporcionarle una fundada esperanza.

R. F. Harrod, "The Scope and Method of Economics", *Economic Journal*, 1938, p. 412 (reimpreso en *Readings in Economic Analysis*, a cargo de R. V. Clemence, tomo I, Cambridge (Mass.), 1950, p. 30.)

I

Desde hace algún tiempo se observan síntomas de descontento y de inquietud cada vez más grandes que afectan al estado actual y al desarrollo reciente de la ciencia económica. A primera vista, este fenómeno puede parecer paradójico. En el curso de los últimos treinta años la investigación, tanto teórica como práctica, de la ciencia económica, ha alcanzado niveles sin precedentes registrándose señalados progresos. Una cantidad importante de nuevas ideas, métodos y teorías ha transformado profundamente esta ciencia. Comentadores optimistas, por no decir desbordantes de entusiasmo, rechazan los reproches que se han acumulado contra la ciencia económica, alaban el progreso alcanzado en el conocimiento y la comprensión de los fenómenos económicos o se muestran complacidos de su orientación más práctica, de su grado de exactitud más elevado, de su utilidad creciente y de la unidad de concepción que preside su desarrollo.¹

* Publicado en *Bulletin d'Information et de Documentation*, vol. I, núm. 4, abril de 1958. Versión al castellano de Alfonso Ayensa.

¹ Compárese, por ejemplo: E. Preiser, "Vom Wesen und vom heutigen Stand der nationalökonomischen Theorie", *Schriften der Universität Heidelberg*, 3ª edición (Aus der Arbeit der Universität, 1946-1947), Berlin, etc., 1948 (201: "Wenn das erste Kennzeichen der neuesten Entwicklung die grössere Wirklichkeitsnähe der Theorie ist, so ist das zweite ihre Exaktheit"); E. Schneider, "Der Trend des ökonomischen Denkens in der Gegenwart", *Revue Suisse d'Economie Politique et de Statistique*, 1950 (p. 230: "Es beginnt sich in der Theorie eine communis opinio, ein gemeinsamer Boden und eine gemeinsame Sprache zu entwickeln..."). L. J. Zimmermann, "Zukunftsaufgaben der Volkswirtschaftslehre", *Weltwirtschaftliches Archiv*, 1951 (p. 883: "El divorcio nefasto, tan mencionado entre la ciencia y el arte está en vísperas de desaparecer"; p. 890: "La ciencia económica pierde este carácter abstracto y altanero que la caracterizaba antes"); D. Villey, "Examen de conscience de l'économie

En ocasiones dan la impresión de que la economía política, salida a la luz hace tan sólo unas decenas de años, está en camino de convertirse en una ciencia empírica, exacta y útil. Así, la opinión más extendida en nuestros días afirma que, gracias a los avances de la ciencia económica —y a condición de que se la quiera tener en cuenta—, no hay que temer ya el retorno de una “gran depresión” semejante a la que se produjo en los años treinta.

Este desarrollo de la ciencia va acompañado de un reforzamiento considerable de su influencia práctica y de su autoridad social. Economistas prestigiosos han conquistado en general una posición sólida: en los servicios públicos, en el mundo de los negocios y en las instituciones internacionales. En todos estos organismos se perciben, cada vez con rasgos más fuertes, las huellas de sus análisis, de sus cálculos, de sus previsiones y recomendaciones.

No obstante, en contradicción con esta extraordinaria actividad científica y con la satisfacción que experimentan amplios círculos, y frente a la consideración que va mereciendo la ciencia económica, se advierte un cierto descontento en cuanto a sus realizaciones y un hondo pesimismo en lo que atañe a sus perspectivas. Ya, en 1946, en su discurso inaugural en la Universidad de Amsterdam, el profesor F. de Vries aludió al hecho de que, a pesar de sus logros, la ciencia económica era objeto nuevamente de numerosas dudas e incertidumbres e incluso de violentas críticas. Esta afirmación llevó a dicho profesor a preguntarse si esta ciencia había incurrido en desorientación.² Tal malestar y las críticas suscitadas, se acentuaron desde entonces. El sentimiento de confianza y las grandes esperanzas que todavía prevalecían hace algunos años se fueron debilitando de modo progresivo. Justificadamente un autor señalaba no hace mucho en el *Economic Journal* que “ha surgido un movimiento poderoso de duda y de escepticismo”. Hace menos tiempo todavía que esta reac-

politique”, *Revue d'Economie Politique*, 1951 (p. 862: “El economista ya no razona en el vacío. La teoría desemboca en la realidad. La ciencia orienta directamente a la acción”; en varios aspectos, el autor critica a la evolución reciente); G. Sebba, “The Development of the Concepts of Mechanism and Model in Physical Science and Economic Thought”, *American Economic Review*, 1953, *Papers and Proceedings of the American Economic Association* (“Un determinado esfuerzo se está haciendo para construir la teoría económica como una ciencia profética cuantitativamente rigurosa... la nueva teoría es lo que es porque comprende la verdadera naturaleza de una ciencia cuantitativa”); L. Einaudi, “Wirtschaftswissenschaft und Wirtschaftswissenschaftler von heute”, *Zeitschrift für Nationalökonomie*, 1954 (pp. 204-205: “ein Panorama, das noch niemals so wie heute verheissungsvoll und voll Licht erschien... Es existieren nicht mehr entschiedene Gegensätze... alte Antipathien zwischen der reinen Wirtschaftswissenschaft und jenen der historischen Richtung (sind) verschwunden”). Más reservada, hasta en comparación con la previsión emitida por él unos veinte años antes: “Quizá estemos en vísperas de un plan adelantado en la teoría económica... La perspectiva es inspiradora” (“The Scope and Method of Economics”, *loc. cit.*, pp. 410 y 428); R. F. Harrod, “Economics, 1900-1950”, *The New Outline of Modern Knowledge*, bajo la redacción de A. Pryce-Jones, Londres, 1956, pp. 495-496 (“Sin embargo, no es evidente que se haya logrado un notable progreso en la teoría fundamental... No se puede decir que surgieron nuevas ideas originales de carácter fundamental. Pero el tema está en movimiento y, por tanto, la posibilidad es alentadora.”)

² F. de Vries, “De taak theoretische economie”, *De Economist*, 1946, pp. 2-3.

ción típica se señalaba en Rothbard: "Los años treinta constituyeron un período de actividad vehemente y de adelantos aparentemente revolucionarios en el pensamiento económico. Sin embargo, la atenuación y la reacción se impusieron, una tras otra y, a mediados de la sexta década, las grandes esperanzas de hace 20 años o se extinguen o se empeñan en una acción desesperada de retaguardia. Ninguna de las fórmulas que antes eran nuevas, inspiran ya novedosas soluciones teóricas."³

No se encuentran más aislados los que juzgando tan seria la situación actual de la ciencia económica llegan a considerar que ésta se encuentra en crisis. Desde 1951, época en la cual J. Marchal, H. Denis y G. Di Nardi formularon casi simultáneamente este diagnóstico, otras voces, y no de las menos importantes, se unieron a este concierto: entre ellas las de economistas eminentes de opiniones tan diversas como O. Morgenstern y W. Röpke.⁴

Este punto de vista parece apoyado por la violenta campaña emprendida contra la ciencia económica en los diez años últimos: algunos espíritus críticos le negaron de manera casi absoluta todo valor científico o todo interés práctico reprochándole haber seguido siempre una orientación falsa. A veces estimaron que era necesario realizar una reforma radical y señalaron las condiciones que deberían establecerse para que la ciencia económica cumpliera su misión peculiar.

Reiteradamente denunciaron los defectos de la ciencia económica actual, incluso empleando términos muy vivos. Contrariamente a Nogaro, que en 1947 criticó en un tono muy moderado el sentido general del desarrollo de la teoría económica y que recomendó a los economistas "una reforma profunda de sus modos de pensar", los espíritus críticos que le siguieron no titubearon en servirse de expresiones frecuentemente violentas: "La quiebra de la ciencia económica contemporánea está reconocida

³ H. Tyszyński, "Economic Theory as a Guide to Policy: Some Suggestions for Re-Appraisal", *The Economic Journal*, 1955; M. N. Rothbard, "Toward a Reconstruction of Utility and Welfare Economics", *On Freedom and Free Enterprise. Essays in Honor of Ludwig von Mises*, Princeton (N. J.), etc., 1956, p. 261.

⁴ J. Marchal, "La crise contemporaine de la science économique", *Comptes rendus des travaux de la Société d'Economie Politique de Belgique*, nº 202, Bruselas, 1951 (igualmente en *Banque*, 1951); H. Denis, "La crise de la pensée économique", París, 1951; O. Morgenstern, "Experiment and Large Scale Computation in Economics", *Economic Activity Analysis*, bajo de redacción de O. Morgenstern, Nueva York-Londres, 1954, p. 549 ("A great Crisis involving current theory"; traducción al alemán: "Experiment und Berechnung grossen Umfangs in der Wirtschaftswissenschaft", *Weltwirtschaftliches Archiv*, 1956, I, p. 237); W. Röpke, "Der Wissenschaftliche Ort der Nationalökonomie", *Studium Generale*, 1953, p. 380, editado en inglés, con el título "The place of Economics Among the Sciences" en *On Freedom and Free Enterprise. Essays in Honor of Ludwig von Mises*, Princeton (N. J.), etcétera, 1956; comparar las pp. 114 y 124 ("el término 'crisis' es fuertemente exagerado para describir la situación actual de la ciencia económica"); además, G. Di Nardi, "Il relativismo nella scienza economica". *Giornale degli Economisti*, 1951, particularmente p. 543 ("la crisi è vivamente e diffusamente sentita"); y p. 553; A. P. Gianelli, "Economics in Crisis", *Revue de l'Université d'Ottawa*, 1952; A. Tomasselli, "Ancora sulla pretesa crisi della scienza economica", *Giornale degli Economisti*, 1952. En el curso de períodos más recientes se habló igualmente de una crisis en la economía, por ejemplo, L. Pohle, *Die gegenwärtige Krisis in der deutschen Volkswirtschaftslehre*, Leipzig, 1911, 1921, 2ª ed., una crítica polémica del socialismo de cátedra.

por todo el mundo”, decía J. Fourastié, quien se dedicó en varias ocasiones a subrayar las lagunas de esta ciencia. En otro instante, se quejó de “la ausencia de una ciencia económica aceptable”, de su “total inutilidad práctica”, señaló “el fracaso de la investigación económica tal y como ha sido dirigida hasta nuestros días” y calificó la teoría existente de “algunos elementos fragmentarios, cuyo volumen aumenta solamente la oscuridad y la indecisión de las tesis en presencia”. En forma casi análoga, criticó J. Goudriaan la teoría que, a su juicio, es “frecuentemente la parodia del pensamiento científico. . . de un valor educativo y de un resultado práctico nulos”. Estos reproches adquieren un tono particularmente severo en *The Failures of Economics* por S. Schoeffler, en donde el autor confirma sin rodeos la objeción formulada por el profesor F. de Vries y preconiza “una despiadada limpieza del establo augiano de las prácticas presentes del análisis económico”. Un estudio publicado por W. I. Greenwald el año pasado, *Common Irrelevancies in Contemporary Theorizing by Economists*, da finalmente una referencia de las críticas más corrientes sobre la teoría económica contemporánea y revela la existencia de un estado de espíritu crítico muy extendido.⁵

II

Como las censuras formuladas contra la economía política son tan antiguas como esta ciencia, los economistas las acogen con una cierta inmunidad. No obstante, sería equivocado dejar pasar en silencio los reproches que recientemente le han sido hechos. Es cierto que las opiniones expresadas al respecto contienen, como siempre, buen número de manifestas inexactitudes, de presentaciones tendenciosas, de verdades a medias o de exageraciones, o incluso de afirmaciones unilaterales y apodícticas que apenas invitan a la discusión. La exactitud de los hechos, cuya necesidad es recordada por la crítica a los economistas, está muchas veces ausente de las discusiones que afectan a la ciencia económica.⁶ A pesar de estas faltas no se puede rechazar en masa los argumentos empleados como si procedieran de incompetentes. Varios adversarios de la ciencia económica

⁴ B. Nogaro, “La valeur logique des théories économiques”, París, 1947, p. viii (comparar al respecto nuestro comentario en *De Economist*, 1948); J. Fourastié, “La stratégie de jeu et la méthode dans les sciences économiques”, *Critique*, 1951, p. 887, y “Nouveaux courants de la pensée économique”, *Annales-Economies-Sociétés-Civilisations*, 1949, pp. 53 y siguientes; J. Goudriaan, *Economie in zestien bladzijden*, Amsterdam, 1952, p. 17; S. Schoeffler, *The Failures of Economics*, Cambridge (Mass.), 1955, pp. 162, 164; W. I. Greenwald, “Common Irrelevancies in Contemporary Theorizing by Economists”, *Kyklos*, 1957. No pudimos consultar el artículo de este autor: “The validity of Recent Economic Thought”, *The Business and Economic Review*, 1952, ni el de B. Mitchell: “The Poverty of Economics”, *Economics and the Public Interest*. Ensayos redactados en honor de E. E. Agger, New Brunswick, 1955.

⁶ En estas líneas no se reseña una crítica detallada. Recalquemos, a título de ejemplo, las numerosas negligencias extraídas del segundo artículo de Fourastié, mencionado en la nota 5, en donde califica a Marchal de norteamericano y lo designa, al igual de J. E. Meade y L. Robbins como representante de la tendencia cuantitativa empírica. Comparar igualmente al respecto L. M. Fraser, “Economists and Their Critics”, *Economic Journal*, 1938, pp. 207 y siguientes.

contemporánea son incluso economistas calificados y sus censuras se suelen basar en una documentación sólida. Al lado de las ya conocidas desde hace tiempo y que no suscitan nuevos comentarios, figuran algunos argumentos que se apartan de los que precedentemente habían sido divulgados o destacan otro aspecto cualquiera de la cuestión. Tal es el caso cuando se compara *The Failures of Economics*, de Schoeffler con obras precedentes, como *Lament for Economics*, de Barbara Wootton (1938) a *A Critic of Economics* de O. F. Boucke (1922). Es curioso comprobar que la crítica no se dirige ya de un modo único o principal contra la teoría, como ocurría antes, sino también contra la investigación econométrica, que es, a los ojos de muchos, la gloria de la ciencia económica moderna. Goudriaan considera que tanto esta investigación como la teoría carecen en su mayor parte de valor; la censura de Schoeffler se refiere esencialmente a las aplicaciones prácticas de la econometría.

El análisis de los resultados logrados en diferentes disciplinas prueba que un examen de conciencia de la ciencia económica y de su orientación no sería superfluo. Se advierte en seguida que el número de nuevas conclusiones, establecidas con seguridad, no está en modo alguno en relación con la amplitud de la actividad científica desarrollada, por otra parte, con mucha originalidad e imaginación en el curso de los últimos decenios. No sería muy difícil indicar, en cada sector de la ciencia económica, las divergencias de opinión, las incertidumbres, las lagunas y los problemas no resueltos. Numerosas ideas nuevas no han podido afrontar la prueba de la crítica y los progresos que parecían contener se han mostrado con mucha frecuencia limitados o ilusorios. Así, el balance de las innovaciones presentado hace algún tiempo bajo los auspicios de la American Economic Association en los dos volúmenes del *Survey of Contemporary Economics*, ha sido acogido con comentarios diferentes.⁷ Esto coincide con las aspiraciones de Robbins: "Aun con todos esos consejos complementarios ¿quién de nosotros puede estar realmente satisfecho con el estado actual de nuestro conocimiento; quién no siente el más profundo sentimiento de imperfección, de información insuficiente de los hechos, la apariencia imperfecta del aparato de análisis, incluso al enfrentarse con los más sencillos problemas de cada día? En verdad, iré más lejos y preguntaré ¿quién está realmente complacido del ritmo con que progresa el conocimiento?"⁸

Esta decepción no se ha limitado a la teoría. Las grandes esperanzas que se pusieron en la econometría, sobre todo en sus posibilidades de propor-

⁷ Cfr. G. J. Stigler, "A Survey of Contemporary Economics", *Journal of Political Economy*, 1949 y M. Brontebrenner, "Contemporary Economics Resurveyed", *Journal of Political Economy*, 1953.

⁸ L. Robbins, *The Economist in the Twentieth Century and Other Lectures in Political Economy*, Londres, 1954, p. 6. Es interesante comparar las observaciones de Robbins acerca de la posición de la ciencia económica con las que dicho autor formuló hace algunas décadas en "The Present Position of Economic Science", *Economics*, 1930.

cionar previsiones seguras, no se han realizado tampoco: “el econometrista ha padecido golpes dolorosos y sus pretensiones se han desinflado de un modo desastroso”.⁹

Hay que señalar igualmente la persistencia de profundas divergencias en los métodos, por ejemplo en lo que concierne a la interpretación de las premisas de la teoría, lo que permitió a Tj. Koopmans escribir recientemente que “la economía como disciplina científica es todavía algo que carece de realidad”.¹⁰

Todas estas dificultades no son tan inquietantes; constituyen el destino común y normal de una ciencia que se encuentra en sus comienzos, que marcha a tientas, retrocediendo y avanzando. Sin embargo, en su conjunto, las mismas dificultades muestran un progreso, tan laborioso y precario, que hay que guardarse de toda presunción. No se pueden eludir las críticas; conviene más bien juzgar con la mayor objetividad posible tanto las censuras como las posibilidades de mejoría.

Es una tarea difícil y compleja estudiar esta materia en sus diversos aspectos. El tema es tan vasto como la ciencia económica en sí misma; por sus corrientes y sus contradicciones, sus variaciones y sus innovaciones, esta ciencia es, en su conjunto, inaprehensible y puede ser objeto de interpretaciones y de apreciaciones muy subjetivas. Por eso, las discusiones sobre su estado actual afloran una serie caótica y heterogénea de puntos de vista. Aunque se descubran a veces tesis comunes, las opiniones, las censuras, las declaraciones, etc., son divergentes tanto entre aquellos que condenan la ciencia económica, considerando su fracaso casi completo, como entre los que no tienen este criterio pero temen, no obstante, la orientación que la ciencia económica pueda tomar y hablan a veces de una crisis. Ocurre igual con cuantos se esfuerzan seriamente por mejorarla o por erigirla sobre bases nuevas (tales como J. Akerman, K. E. Boulding, J. Marchal y C. R. Noyes, por no citar más que algunos).¹¹ Empero, es frecuente que un mismo autor, en escritos distintos, exprese opiniones diferentes. Los hay que atacan a la ciencia económica contemporánea en

⁹ G. L. S. Shackle, *Uncertainty in Economics and Other Reflections*, Cambridge, 1955, p. 234; comparar igualmente G. H. Orcutt, “Toward Partial Redirection of Econometrics” y la discusión correspondiente. *Review of Economics and Statistics*, 1952, así como A. G. Papandreou, “Types of Empirical Relevance in Modern Economics”, *Economia Internazionale*, 1952, según el cual la teoría económica así como la econometría, tan sólo alcanzó “the predictive stage”, pero se encuentra aún al principio de la “fase eurística”. No hemos podido consultar aún la obra de dicho autor que se publicó hace poco bajo el título de *Economics as a Science*.

¹⁰ Tj. Koopmans, *Three Essays on the State of Economic Science*, Nueva York, etc., 1957, página 141.

¹¹ J. Akerman, *Structures et Cycles Économiques*, París, 1955-57 (así como documentos anteriores); K. E. Boulding, *A Reconstruction of Economics*, Nueva York, Londres, 1950; J. Marchal, varias publicaciones, principalmente en lo que concierne a la teoría de la distribución, señaladas en la nota bibliográfica de A. Marchal, *La pensée économique en France depuis 1945*, París, 1953, y en P. Dieterlen, “Approche sociologique et analyse économique. A propos des travaux de M. Jean Marchal”, *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, 1956, p. 393, nota 2, y J. Lhomme, “Groupes sociaux et analyse des revenus”, *Revue Économique*, 1958; C. R. Noyes, *Economic Man in Relation to His Natural Environment*, Nueva York, 1948.

su conjunto; otros estiman que no se trata de una crisis de la teoría tradicional y que la salvación se encuentra en una concepción enteramente nueva;¹² un tercer grupo atribuye precisamente la crisis a las tendencias modernas o, por lo menos, señala los peligros que le son inherentes, tal Villey quien, en el muy interesante artículo citado en nota 1, *Examen de conciencia de la economía política*, describe de una manera elocuente las transformaciones de la ciencia económica, sus progresos y sus reveses.

El presente estudio no ha de tratar de todos estos problemas complejos y a veces sutiles, ni de las ideas expuestas por cuantos los han examinado. Debe limitarse a una primera orientación sobre algunas cuestiones esenciales, en la cual habrá que dedicarse, sobre todo, a disipar las confusiones más importantes que han aparecido recientemente en los juicios formulados sobre la ciencia económica y que constituyen un obstáculo para una discusión constructiva.

III

El examen no se referirá a las numerosas críticas dirigidas de un modo global contra la ciencia económica, porque las mismas no constituyen el punto de partida de un intercambio objetivo de ideas. Tampoco es útil examinar las opiniones de aquellos que rechazan la teoría económica aduciendo el carácter abstracto e irreal de la misma y que quisieran reemplazarla por un método estrictamente empírico. La esterilidad de tal programa ha sido ya suficientemente puesta de relieve. Esto no quiere decir que la teoría no pueda ser mejorada en diferentes aspectos, especialmente si se tiene en cuenta la realidad de una manera más amplia.

La interpretación dada por Denis a la crisis del pensamiento económico decepciona a cuantos han leído sus otras publicaciones. Denis explica dicha crisis alegando que, a pesar de la declinación del capitalismo, que ha quebrado los fundamentos de la teoría liberal, los economistas continúan aferrándose a ésta en vez de aceptar la doctrina marxista. Esta opinión y la tesis según la cual la crisis de la economía ha sido resuelta en los países que "han elegido el socialismo" podrán convencer únicamente a sus adeptos. A pesar de ello, su punto de vista está constituido por elementos que vale la pena tener en cuenta, porque vuelven a encontrarse, con otras formas, en consideraciones distintas sobre la situación actual de la ciencia económica.

¹² Comparar, por ejemplo, O. Morgenstern, *Journal of Political Economy*, 1950, el análisis de H. von Stackelberg, *Grundlage der theoretischen Volkswirtschaftslehre*, Berna, 1948, p. 267 ("Este libro... sugiere que una época de la economía está llegando a su término y que se requiere una nueva solución para salvar el abismo de la teoría económica"), y A. Marchal, *La pensée économique en France depuis 1945*, París, 1953, p. 5. ("Hay, pues, crisis del pensamiento clásico, pero no hay, propiamente hablando, una crisis del pensamiento económico"). A. P. Gianelli, "Economics in Crisis", loc. cit., p. 278, habla igualmente de una seria crisis de la economía liberal o clásica.

La tendencia apologética de la economía "burguesa", aceptada desde Carlos Marx por algunos círculos como un hecho irrefutable, es una de las constantes de la crítica de la economía política. Los economistas no marxistas estiman de buena fe que este reproche carece por lo general de fundamento. Reconocen, empero, que el desarrollo de la ciencia no depende tan sólo en gran medida del medio histórico, lo que es cierto, sino que los investigadores se ven sometidos, más o menos inconscientemente, a la influencia de factores sociológicos, ideológicos y psicológicos que inclinan el ánimo en un sentido determinado tanto en la elección de los problemas y de los métodos como en el contenido de las soluciones. En varias ocasiones, Myrdal intentó señalar el determinismo ideológico de concepciones económicas generalmente admitidas, pretendiendo así negarles toda base científica.¹³ Algunas publicaciones recientes reflejan el creciente interés que este problema suscita.¹⁴ Por otra parte, se atribuye una mayor atención a la influencia de factores psicológicos ajenos al pensamiento económico. Tal, por ejemplo, el caso de W. A. Weisskopf, quien apoyándose en la doctrina freudiana criticó diversas concepciones teóricas comúnmente aceptadas. Así justifica este autor el interés por la idea de equilibrio, que no se aplica en la realidad, como una defensa contra un sentimiento de temor inconsciente.¹⁵

Dichas consideraciones pueden conducir a negar toda posibilidad de conocimiento objetivo. Ésa es la convicción expresada de modo especial, por F. L. Polak, en un destacado estudio en el que sostiene que toda descripción o explicación contiene necesariamente un elemento de apreciación.¹⁶ El ejercicio de la ciencia, despojado de todo juicio de valor, en el sentido de Max Weber, se vería, por consiguiente, condenado al fracaso. El relativismo muy avanzado de la objetividad científica puede, en

¹³ G. Myrdal, *Das politische Element in der nationalökonomischen Doktrinbildung*, Berlín, 1932, edición en inglés bajo el título de *The Political Element in the Development of Economic Thought*, Londres, 1953. Su análisis y su interpretación de los conceptos que combate están muy lejos de ser irreprochables; comparar, por ejemplo, la crítica de L. von Mises, *Grundprobleme der Nationalökonomie*, Jena, 1933, pp. 55 y siguientes.

¹⁴ Cfr. A. Albert, "Ideologische Elemente im Ökonomischen Denken", *Kyklos*, 1957, y la bibliografía que se menciona, así como H. Sieber, "Warum gibt es in der Nationalökonomie so viele Meinungsgegensätze?", *Revue suisse d'Économie politique et de Statistique*, 1955.

¹⁵ W. A. Weisskopf, *The Psychology of Economics*, Londres, 1955, así como distintos artículos de revistas, principalmente "Psychological Aspects of Economic Thought", *Journal of Political Economy*, 1949; comparar además E. Boehler, "Zur Psychologie der nationalökonomischen Erkenntnis", *Wirtschaftstheorie und Wirtschaftspolitik*. Festschrift für Alfred Amonn, Berna, 1953, A. L. Macfie hace una excelente crítica de Weisskopf en "On Psychological Treatment for the Classics", *Economic Journal*, 1958.

¹⁶ F. L. Polak, *Kennen en keuren in de sociale wetenschappen*, Leyde, 1948. Esta obra suscitó numerosos comentarios y controversias en Holanda; comparar, por ejemplo algunas consideraciones en *De Economist*, 1948, 1949 y 1950, las introducciones de H. S. Hoetink y J. P. Kruyt, reconsideradas en *Sociologisch Jaarboek*, VII, mismo lugar, misma fecha (1953) y la crítica de E. Topitsch, "Konventionalismus und Wertproblem in den Sozialwissenschaften", *Mens en Maatschappij*, 1952. Varios otros conceptos más o menos similares al de Polak son igualmente defendidos, principalmente por E. R. Walker, *From Economic Theory to Policy*, Chicago, 1943 (en particular, cap. x, "The Illusion of Neutrality") y P. Streeten, "Programs and Progresses", *Quarterly Journal of Economics*, 1954.

efecto, crear un clima de crisis, el cual, sin embargo, no afecta solamente a la economía política.

Pero el hecho de reconocer la existencia de un cierto determinismo ideológico y psicológico de los investigadores no debe llevar, en modo alguno, a conclusiones tan pesimistas. La sociología y la psicología pueden contribuir a promover la objetividad de un razonamiento científico, mostrando precisamente los riesgos que la amenazan. Además, la propia actividad de las mismas disciplinas científicas presupone la posibilidad de un conocimiento objetivo y valedero, sin el cual estas disciplinas carecerían de sentido y no desembocarían más que en el círculo vicioso del escepticismo.

Hay que emitir, no obstante, una opinión muy diferente según se trate del resultado o del proceso de la investigación científica. Incluso cuando los juicios de existencia se ven más o menos influidos por juicios de valor (noción que Polak extiende en forma indebida) o se les tacha de reflejar aspiraciones subjetivas, su valor científico no se ve aminorado por ello; de todas maneras, es menester apreciar tal valor por su propio contenido, con independencia de los elementos de tipo subjetivo. El hecho de hacer abstracción de los elementos ideológicos o psicológicos de una teoría no reemplaza a un examen que se funde en criterios objetivos.

Antes de fiarse de las interpretaciones ideológicas y psicológicas de un pensamiento o de una corriente científica, conviene descubrir las dificultades inherentes a dichas interpretaciones. Si no se investiga con la mayor precisión, existe, como la experiencia ha puesto de relieve, un evidente peligro de desviaciones y de interpretaciones subjetivas de dudoso valor científico. ¿Se puede inquirir, por ejemplo, cómo Weisskopf puede probar que, durante varias generaciones, centenares de economistas se han aferrado, por simple temor, a la noción del equilibrio? Sus revelaciones sobre el origen psicológico de varias teorías económicas antiguas parecen asimismo forzadas, particularmente cuando afirma que Ricardo y Malthus consideran la tierra, símbolo de la mujer, como la fuente de todos los males, a causa de un antifeminismo irreflexivo; o cuando pretende que la teoría del valor trabajo muestra una preferencia por la actividad masculina, tanto la teoría enunciada por el primero, el padre (Ricardo) como la sustentada por el hijo rebelde marcado con el complejo de Edipo (Marx). Otras explicaciones psicoanalíticas de Weisskopf sobre los escritos de Marx, en especial sobre la teoría del valor, lindan con la región de lo absurdo.

Nunca se ha demostrado en forma concluyente que la ciencia económica moderna esté dominada por determinismos ideológicos y por complejos psicológicos que afectan desfavorablemente a su valor; por otra parte, si son factores ideológicos los que actúan, su influencia puede no ser perjudicial. Constituyen a veces, como ha subrayado Schumpeter, una

indispensable fuente de inspiración; “aunque avanzamos lentamente debido a nuestras ideologías, podríamos no progresar nada sin ellas”.¹⁷ Suprimir todo factor personal en el análisis de los problemas de la ciencia económica, equivaldría incluso a empobrecerla, porque, a pesar de los inconvenientes que pudiera tener, ha sido el factor personal el que ha contribuido a hacer de la economía una ciencia viva y atrayente.

Si las opiniones filosóficas y sociales, así como las preferencias y los caracteres personales influyen en los problemas de la economía política y justifican a veces la crítica, no son la causa de sus principales dificultades. Juicios de valor pueden perjudicar a la unidad científica, pero no constituyen un obstáculo infranqueable. Es cierto que frecuentemente los criterios personales difieren en algunos aspectos, lo que es inevitable ya que no se pueden establecer tan fácilmente los hechos y relaciones indispensables para la solución de un problema. Pero no son las opiniones subjetivas de los investigadores las que causan estas divergencias.

Si se puede hablar de crisis de la ciencia económica, no se puede atribuir a que exista, en principio, imposibilidad para conocer objetivamente los fenómenos que estudia.

IV

El punto de vista enunciado por Denis sobre la crisis de la ciencia económica también promueve un debate sobre las dificultades actuales. Se trata de los efectos que causan sobre la ciencia económica y sobre el valor de la teoría tradicional las profundas modificaciones registradas en la estructura de la economía en el transcurso de las últimas décadas. Esta cuestión ha sido igualmente señalada por J. Marchal en su interpretación de la crisis de la economía política: “Si esta ciencia está en crisis, es porque, efectivamente, el mundo que la misma se propone estudiar, el mundo de los fenómenos económicos, está en plena transformación.” La ciencia económica, según Marchal, ha sido elaborada para un sistema basado en una estructura atomística y en un grado elevado de libertad individual. A tal sistema lo ha reemplazado, agrega Marchal, un mundo constituido por algunas grandes moléculas. Considera que la crisis del pensamiento económico reside en la oposición existente entre aquellos que estiman poder utilizar todavía las viejas teorías y los que, fundándose en los hondos cambios registrados en el plano económico, juzgan indispensable revisar y reconstruir la ciencia económica. Por sus numerosas aportaciones a la renovación de las teorías, en especial a la de la teoría de la distribución Marchal es uno de los representantes más característicos de este último grupo.

¹⁷ J. A. Schumpeter, “Science and Ideology”, *American Economic Review*, 1949, p. 281 (reeditado bajo el título de “Essays of J. A. Schumpeter”, al cuidado de R. V. Clemence, Cambridge, (Mass.), 1951; comparar también *History of Economic Analysis*, Nueva York, 1954, pp. 34 y siguientes.

Esta opinión de Marchal, que conviene distinguir de la que afirma que la teoría tradicional se encuentra igualmente en situación difícil, independientemente de cualquier circunstancia de tiempo, plantea un problema de importancia. No parece dudoso que el actual valor explicativo de teorías que han desempeñado durante mucho tiempo un papel importante en la ciencia económica, como la teoría de la productividad marginal, han perdido ya su valor. Nuevos fenómenos han surgido que no se integran en la vieja teoría; esos fenómenos suscitan problemas difíciles, aún imperfectamente resueltos, los cuales constituyen uno de los motivos de las presentes deficiencias de la ciencia económica. Sin embargo, sólo esto no basta para hablar de la existencia de una crisis. La transformación del objeto de esta ciencia no es cosa enteramente nueva: ha sido siempre origen de dificultades pero también ha servido de estímulo para el desarrollo de la misma. La "teoría tradicional" no es una noción bien definida; en todo caso, no es una herencia transmitida intacta, de generación a generación, correspondiente a una realidad inmutable ya pasada y que, por ello, carezca en nuestro tiempo de todo valor práctico. La actual estructura económica "molecular" es el resultado de un prolongado proceso que ha durado alrededor de un decenio. En el curso de su evolución la ciencia económica no se ha apegado a fórmulas rígidas; ha secundado la realidad, aunque muchas veces lo haya hecho con retraso. Podía apoyarse en gran parte sobre modelos ya existentes, desarrollarlos y adoptar, por ejemplo, salarios y precios fijos y no variables.

Por otra parte, habría que conceder mayor atención a determinados factores que fueron excluidos del cuadro tradicional de la ciencia económica, como el efecto interno y externo de grupos de intereses y el de dominación o de coacción exterior en la formación de los mercados.¹⁸ La opinión que asegura que han sido los acontecimientos los que han situado la teoría tradicional en un callejón sin salida, se basa en el convencimiento de que dicha teoría no podía servir para el análisis de estos problemas. Ahora bien, el desarrollo de las actividades de la investigación económica, lejos de hacerla superflua, completa y mejora la teoría tradicional (sea cual fuere el sentido exacto que se le atribuya). Es posible conciliar tal teoría con los nuevos campos de exploración; los recientes esfuerzos encaminados a integrar la doctrina del monopolio bilateral en una doctrina de mercado lo prueban claramente.¹⁹ Las múltiples formas del orden económico implican igualmente que los conceptos y las tesis de la teoría tra-

¹⁸ E. R. Walker, *From Economic Theory to Policy*, Chicago, 1943 (cap. vi, "Beyond the Market"); F. Perroux, "Les Macrodécisions", *Économie Appliquée*, 1949, así como varias otras publicaciones; numerosos estudios de J. Marchal y, en general, las obras cada vez más numerosas que tratan del poder económico.

¹⁹ Comparar al respecto los artículos de K. W. Rothschild, "Approches to the Theory of Bargaining" y de G. L. S. Shackle, "The Nature of the Bargaining Process", en *Wage Determination in Theory and Practice*, bajo la redacción de J. T. Dunlop, Londres, 1957, así como de C. M. Stevens, "On the Theory of Negotiation", *Quarterly Journal of Economics*, 1958.

dicional siguen siendo en gran parte valederos en nuestra época.²⁰ No ha habido ruptura en el desarrollo de la ciencia económica. Decir que los cambios de estructura económica exigen una completa renovación de la economía política constituye una exageración manifiesta.

En este orden de ideas se pensará igualmente en la ley de las probabilidades que hay quienes consideran como el instrumento más apropiado para examinar estas cuestiones. Esta teoría pretende, en efecto, sustituir a la contemporánea, la cual, según uno de los promotores de la teoría de las probabilidades, se halla en un atolladero. La nueva concepción que queda esbozada equivale a un reto a nuestra manera de pensar. Cualesquiera que sean sus posibilidades, estimadas de formas muy diversas, y juzgadas a veces con escepticismo, lo cierto es que no ha alcanzado el grado de madurez suficiente para utilizarla con eficacia en la resolución de los problemas actuales. Incluso si las promesas que parece contener se realizasen, sería preferible eludirla, al menos provisionalmente.

V

Sin embargo, las dificultades originadas por la evolución de las estructuras económicas no han sido superadas. Otros aspectos se tienen en cuenta en la reciente crítica de la ciencia económica; ésta incurriría en error si admitiera un determinismo estricto y mecánico de los fenómenos económicos. Precisamente se ha descrito la crisis de la ciencia económica como ligada a la crisis del determinismo que alcanza también a otras disciplinas y que tiene su origen en el abandono de las leyes mecánicas a las ciencias físicas.²¹ La hipótesis de un determinismo completo de los fenómenos económicos se ha calificado de atavismo, de inclinación a un modo de pensar tomado de las ciencias naturales, las que precisamente han prescindido del determinismo absoluto desde hace bastante tiempo. Denis ha vuelto a formular esta objeción contra la teoría económica tradicional en una publicación distinta de la comentada con anterioridad y en la que se refiere especialmente a la teoría francesa: “la herencia de Descartes es una pesada carga; la obsesión del mecanismo universal nos domina desde hace tres siglos y amenaza con esterilizar nuestro entendimiento científico en muchos aspectos”.²²

Esta idea, que aparece con múltiples variantes en numerosos autores,

²⁰ Ver al respecto sobre todo la excelente disertación de J. Viner, “International Trade Theory and Its Present Day Relevance”, *Economics and Public Policy* (Brooking's Lectures, 1954), Washington, 1955, así como L. Robbins, *The Economist in the Twentieth Century*, Londres, 1954, p. 10 y F. C. Mills, “Economics in a Time of Change”, *American Economic Review*, 1941.

²¹ Por ejemplo, A. Marchal, *Méthode scientifique et science économique*, tomo I, París, mismo año (1952), pp. 9-10, y *La pensée économique en France depuis 1945*, París, 1953, pp. 5 y siguientes.

²² H. Denis, “Économie politique et déterminisme”, *Revue d'Économie Politique*, 1947, p. 331 (consideración a consecuencia del artículo de H. Guitton y G. Th. Guilhaud, “Déterminisme et marché”, *Revue d'Économie Politique*, 1946).

constituye una ampliación de los argumentos invocados contra la teoría económica por la escuela histórica y por similares corrientes ideológicas; procede de viejas controversias, como las que se refieren a las relaciones que existen entre el poder y las leyes económicas. Los efectos y las consecuencias que se atribuyen en cuanto a la manera de practicar la ciencia económica son distintamente apreciadas tanto por los críticos contemporáneos como en los escritos más remotos.

El primer grupo aborda el problema ajustándose primordialmente al carácter previsible de los fenómenos económicos. Uno de los más eminentes representantes de esta tendencia es el economista holandés Goudriaan, profesor en Pretoria. En una exposición inteligente y, en algún instante llena de colorido, considera que el determinismo dogmático y unilateral constituye la debilidad esencial de la ciencia económica contemporánea. En una conferencia pronunciada en 1939, afirmó que la verdad científica realmente exacta en el dominio económico, se puede resumir en doce o dieciséis páginas. En una obra publicada en 1952 bajo el título de *Economie in zestien bladzijden* intentó probar esta afirmación; el libro tiene 250 páginas, pero el contenido de las 16 primeras, escritas en pequeños caracteres, se comenta en las restantes. Así puso en evidencia la tesis que había expuesto en 1939.

El postulado central de esa obra, resumido en tres axiomas, es que el determinismo no se aplica a gran parte de los problemas económicos. A él escapan, de un modo especial, el comportamiento individual y el de un grupo humano del cual cada miembro conoce, por lo menos en proporción notable, el comportamiento de sus semejantes. Estas diferentes actitudes son indeterminadas, ya que no son previsibles. Sólo tiende al determinismo absoluto el resultado global de los actos de un número de hombres que reaccionan independientemente los unos de los otros, en la medida en que su número aumente. Según Goudriaan, esta idea hace vana e inútil buena parte de la teoría económica corriente y de la investigación econométrica. Las tentativas de interpretación de las variaciones en la coyuntura, que constituyen un proceso indeterminado, carecen de sentido según este autor; otros capítulos de doctrina, que ocupan un lugar importante en la ciencia económica tradicional, tales como los que tratan de la teoría del valor y de la relativa a la distribución, deben pasarse por alto. En cambio, la teoría económica que "trata de los problemas humanos más urgentes y vitales" reviste gran importancia.

La exposición de este autor ofrece, en muchos aspectos, semejanzas con un muy interesante estudio anterior de Jean Fourastié²³ quien se manifiesta igualmente contra el determinismo al que califica de "factor de fracaso en las ciencias sociales". El determinismo, que él sitúa al mismo

²³ J. Fourastié, "La stratégie du jeu et la méthode dans les sciences économiques", *Critique*, 1951.

nivel que la previsibilidad es, según Fourastié, más bien la excepción que la regla en el ámbito de los fenómenos económicos. No obstante, en contra de la opinión de Goudriaan, no llega a la conclusión de que sería infructuoso el análisis de fenómenos no determinados. La ley de las probabilidades permitirá tal vez salvar las complicaciones puesto que constituye el método indicado para el análisis de situaciones económicas que no suelen tener un carácter ni determinado ni "estocástico".

En el ataque de Schoeffler contra la ciencia económica, se encuentran igualmente, junto a diferencias esenciales, puntos de coincidencia con esta tesis. La cuestión de la previsibilidad de los fenómenos económicos le preocupa también de manera esencial. Las insuficiencias de la economía política señaladas en el título de su obra se derivan, según él, de la imposibilidad en que cree hallarse esta ciencia para establecer pronósticos serios. Su libro está formado en gran parte por comentarios sobre una serie de casos estudiados, por la evocación de previsiones no realizadas y por la crítica de modelos y métodos formulados con el propósito de descubrir las relaciones que pudieran suscitarse. No considera, sin embargo, como causa de los fracasos, el carácter de indeterminación inherente a los fenómenos económicos; rechaza este argumento por estimarlo más que excusa insuficiente simple pretexto. En contra de la actitud observada por Goudriaan, Schoeffler no reprocha que la ciencia económica se ocupe de problemas insolubles sino de que los enfoque de modo ineficaz. El error fatal que ha conducido hasta ahora a esta ciencia por una ruta falsa, es el de haber tratado de descubrir leyes económicas autónomas y empíricas. Éstas no existen, puesto que los fenómenos económicos dependen de factores no económicos y era "porque la manera como se desarrolló el dominio de la economía, representa en conjunto un error de primera importancia".

Es a este desconocimiento de la naturaleza de su objeto al que atribuye Schoeffler el fracaso de los intentos de previsión. Consecuencia de ello es que erróneamente se consideran los fenómenos económicos como manifestaciones de un sistema cerrado o casi independiente, que no considerase en forma suficiente la influencia de factores exógenos.

Schoeffler estima que la ciencia económica debe abandonar su pretensión de ser una ciencia empírica, basada en unas leyes. A su juicio, es un arte, comparable a la medicina, cuya misión consiste en aplicar los resultados de otras ciencias a situaciones concretas con el fin de prevenirlas y de dirigirlas. Solamente renunciando a su atonomía, la ciencia económica, podrá, según Schoeffler, establecer previsiones que sean lo bastante serias. Su repudio de la economía política como ciencia, no es un caso aislado; en un artículo, Gianelli se asocia, por razones análogas, a la opinión de Schoeffler, según la cual no existe una ciencia económica autónoma.

VI

Todas esas consideraciones se refieren a problemas de capital importancia. Por eso es lamentable que las ideas útiles que contienen se encuentren mezcladas con interpretaciones y juicios inexactos, lo que complica los problemas en vez de aclararlos. Estas críticas sobre la ciencia económica son realmente injustificadas y las reformas propuestas, en su mayor parte, resultan inadmisibles e incluso peligrosas.

Las concepciones erróneas aparecen estrechamente ligadas a la confusión existente en la noción de determinismo. Este término es usado en la literatura económica bajo diferentes acepciones no siempre muy precisas. La definición de las nociones de determinismo y de previsibilidad no es muy afortunada: constituye un empleo innecesario de vocablos; desde el punto de vista de la terminología, sería preferible hablar, en este segundo caso, de “determinabilidad”, o mejor aún, de “determinabilidad de previsión”, por oposición a la “determinabilidad actual e histórica”. El determinismo de un fenómeno significa que éste se halla enteramente sometido a ciertas leyes, conocidas o no. En un sentido más restringido, se entiende a veces por determinismo que un fenómeno se explica por medio de leyes conocidas, leyes de la ciencia en general o de una ciencia en particular; por eso, desde un punto de vista puramente económico, los fenómenos no están enteramente determinados, en tanto que en un sentido más amplio lo son íntegramente. En consecuencia, seguramente sería más exacto calificar como indeterminados los fenómenos todavía no explicados o inexplicables.²⁴

Sea como fuere, este determinismo de los hechos es esencialmente distinto del determinismo lógico que afecta al resultado de un modelo teórico o de un esquema explicativo. Un ejemplo de este determinismo lógico se da especialmente cuando se demuestra que las dimensiones económicas que se quieren explicar, teniendo en cuenta factores dados en el modelo a que ellas pertenecen, tienen un valor único. En términos matemáticos, la igualdad del número de incógnitas y del número de ecuaciones independientes constituye una condición necesaria pero no siempre suficiente. Se infiere, de este determinismo teórico, que un cambio dado de un factor determinante tendrá, entre las diferentes variables que intervienen en el modelo, el efecto exactamente esperado sobre el fenómeno a explicar.

La teoría económica (y la investigación econométrica en que ella se basa) es, en efecto “determinista” en la medida en que se esfuerza por

²⁴ Comparar, por ejemplo, la definición de la noción “indeterminado” por J. M. Clark como “no precisamente determinado por los factores cuantitativamente considerados, o que pueden ser considerados por los economistas al formular “leyes” o “teoremas” económicos” (“Varieties of Economic Law, and Their Limiting Factors”, *Proceedings of the American Philosophical Society*, 1950, p. 121, nota 2).

dar tales soluciones determinadas. Es un hecho conocido que no lo es siempre, teniendo en consideración, por ejemplo, que un modelo admite más de una solución económica valedera. Asimismo, existen problemas teóricos a los cuales no se puede dar en principio una solución determinada: el monopolio bilateral es un ejemplo. Una investigación más detenida colmará esta laguna, tal la teoría de J. Pen sobre las adaptaciones en el cuadro de un mercado.²⁵

El proceso normal de la teoría económica no supone determinismo distinto de un determinismo primario, lo que significa que ciertos factores endógenos o exógenos, enteramente idénticos, deben provocar reacciones también idénticas. Incluso quienes reprochan a la ciencia económica un determinismo injustificado no niegan este principio. Por eso Goudriaan ilustra el carácter indeterminado de los actos humanos mediante ejemplos en los cuales las diferencias de reacción son una consecuencia de circunstancias desiguales internas o externas. La indeterminación reside en el hecho de que ni las circunstancias ni los resultados pueden ser previstos con precisión.

Así se advierte una diferencia fundamental —que Goudriaan no había percibido suficientemente— entre el determinismo lógico de soluciones teóricas, por una parte, y el determinismo o determinabilidad de fenómenos concretos, por otra. Esta diferencia afecta a tres elementos.

En primer lugar, en los modelos teóricos no se tiene a veces en cuenta que los factores más importantes, que suelen calificarse de estratégicos, subestiman aquellos que son considerados como accesorios o accidentales. La teoría no tiende, en efecto, a dar una explicación completa de la realidad. Una parte de ésta sigue sin ser explicada, lo que podría permitir el empleo de la expresión de *indeterminación marginal* de los fenómenos. Una investigación más minuciosa puede reducir este margen; por ejemplo, en la explicación de la tasa de interés, cuando, al lado de factores reales, se alude a factores monetarios. Sin embargo, de un modo general no será posible eliminar por completo el margen de indeterminación. Las tentativas hechas en este sentido lograron ampliar la noción de factor determinante hasta el extremo de que el esquema explicativo pierde todo contenido concreto (se hablará entonces de tautología); o no se tiene ninguna

²⁵ J. Pen, *De loonvorming un de moderne volkshuishouding*, Leyde, 1950; "A General Theory of Bargaining", *American Economic Review*, 1952. Shackle alaba la teoría de Pen y la considera como "uno de los más brillantes y de los más hermosos trabajos de análisis teórico que han sido producidos en los años últimos" ("The Nature of the Bargaining Process", *The Theory of Wage Determination*, bajo la redacción de J. T. Dunlop, Londres, 1957, p. 307). Comparar las nociones determinismo e indeterminismo en la teoría, de N. Kaldor, "A Classificatory Note on the Determinateness of Equilibrium", *Review of Economic Studies* 1933, 1934; J. Schumpeter, *Business Cycles*, Nueva York-Londres, 1939, tomo I, pp. 45 y siguientes; K. W. Rothschild, "Price Theory and Oligopoly", *Economic Journal*, 1947, reeditado por la American Economic Association en *Readings in Price Theory*, Chicago, 1952; G. Rittig, "Die Indeterminiertheit des Preissystems", *Jahrbuch für Sozialwissenschaften*, 1950; F. Machlup, *The Economics of Seller's Competition*, Baltimore, 1952, p. 414 y siguientes ("Oligopolistic Indeterminancy").

visión general del problema y el modelo aparece como poco manejable, "sobresaturado", como dice J. Pen,²⁶ lo que le hace perder toda utilidad práctica, por paradójico que esto pueda considerarse.

En razón del *indeterminismo marginal*, las leyes teóricas derivadas no tienen el valor de leyes exactas en relación con la realidad, sino solamente de leyes aproximativas. Por tal razón, se les atribuye un carácter estadístico, de probabilidad o "estocástico".²⁷ En la investigación econométrica, se tiene en cuenta este factor, utilizando entre los elementos explicativos sistemáticos, cuyo valor calculado es de por sí "estocástico", un término "perturbador". Otra causa de discordancia entre el determinismo teórico y el determinismo de los hechos radica en la imposibilidad, que a veces se presenta, de dar una explicación general a una serie de fenómenos, lo que resulta del hecho de que los factores determinantes no son necesariamente los mismos en todas las circunstancias. Es preciso, por tanto, establecer un cierto número de modelos alternativos, por ejemplo para la formación de los precios en mercados de diversos tipos y estrategias. La teoría sólo puede proporcionar una explicación parcial de la acción de los diferentes factores implicados en el análisis. Este *indeterminismo estructural* de los fenómenos puede, a veces, reducirse, apelando a otras disciplinas científicas.

De la diversidad de los factores que condicionan los fenómenos se puede deducir que los razonamientos económicos no tienen más que un valor histórico relativo en este sentido, ya que, según Eucken, no son válidos siempre aunque sean lógicamente exactos. Por otro lado, el desarrollo histórico engendra nuevas situaciones y de él surgen también nuevos problemas para la ciencia económica, los cuales requieren sin cesar la creación de nuevos modelos teóricos. La tarea no finaliza nunca, lo que condena a la ciencia a estar en retraso con respecto a los hechos: "a veces el economista piensa si llegará un instante en que logre comprender su universo cambiante".²⁸ Tampoco puede ser completa a este respecto, lo que

²⁶ J. Pen, "Verschralling en overzadiging in de loontheorie", *De Economist*, 1957; comparar igualmente su artículo "Wage Determination Revisited", *Kyklos*, 1958. En ese mismo sentido, igualmente F. Liefmann-Keil, "Die Tendenz zur Konkretisierung in der Nationalökonomie", *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, 1950, p. 279; M. Allais, *Puissance et dangers de l'utilisation de l'outil mathématique en économie*, *Econometrica*, 1954, p. 60 (igualmente en *Nouvelle Revue de l'économie contemporaine*, 1955); y F. Machlup, "The Problem of Verification in Economics", *Southern Economic Journal*, 1955-1956, pp. 15-16.

²⁷ Este punto de vista ha sido particularmente desarrollado por T. Haavelmo, "The Probability Approach in Econometrics", *Econometrica*, 1944 (suplemento); comparar además F. J. Jong, "Over de betekenis van het begrip 'rationeel handelen' in de economie", *De Economist*, 1949, pp. 482 y siguientes (la teoría económica emana del "procédé modal") y F. Zeuthen, *Economic Theory and Method*, Londres, etc., 1955, p. 13. La idea es ya muy antigua; la encontramos, por ejemplo, en A. Cournot, *Recherches sur les principes mathématiques de la théorie des Richesses*, publicado bajo los auspicios de G. Lutfalla, París, 1938, p. 50, así como en la definición que Pareto hace del objeto de la teoría del equilibrio general: "las acciones lógicas, repetidas en gran parte, que realizan los hombres para obtener las cosas que satisfacen sus gustos" (*Manuel d'Economie Politique*, París, 1927, 2ª ed., p. 145.)

²⁸ B. Higgins, *What do Economists Know?*, Melbourne, 1951, p. 26. Comparar igualmente H. W. Lambers, "Marktstrategie en mededinging", *De Economist*, 1950, p. 820.

además sería inútil; no se ve utilidad, por ejemplo, en la elaboración de modelos para la formación de precios en las estrategias de mercado, siguiendo todas las tendencias posibles de una oferta oligopólica.²⁹ La teoría debe limitarse a un número restringido de casos típicos e importantes de donde nuevamente resulta un indeterminismo marginal de los fenómenos reales. En el deseo de resolver lo que él llama la “gran antinomia”, Eucken sobrestima la posibilidad de condensar la realidad múltiple de un número fijo y limitado de “elementos estructurales”. Atribuye además una importancia demasiado grande al indeterminismo estructural y subestima el indeterminismo marginal.

La tercera causa de diferencia entre el determinismo teórico y el práctico es el *indeterminismo cuantitativo* o *cifrado* de las soluciones derivadas de la teoría. Conforme con la cita reiteradamente empleada por Marchal —“la economía no es un agregado de verdades concretas, sino un motor para descubrir la verdad concreta”— no facilita ningún resultado práctico cifrado. La teoría tiene, por el contrario, un carácter cualitativo y formal. Como se sabe, el contenido concreto de las relaciones puestas de manifiesto por la teoría depende de datos que ya no proceden del orden no económico, los cuales varían según el lugar o el tiempo. El esquema teórico no indica en principio más que la manera de obtener el valor de las dimensiones económicas, a condición de que se pueda disponer de informes positivos. La teoría no supone que los hechos puedan ser siempre comprobados y menos aún que sean previsibles, ni que el cálculo sea prácticamente realizable, como, por ejemplo, en la teoría del equilibrio general de la cual se podría decir que todo está determinado, pero que nada es determinable.

VII

Estas diferentes categorías de indeterminación de los fenómenos económicos deben atribuirse, en fin de cuentas, a la diversidad y al carácter aleatorio de las acciones humanas (sobre las cuales reposa fundamentalmente toda la tesis de Goudriaan), así como a la inestabilidad de las instituciones sociales, en su más amplio sentido, que han sido creadas por el hombre. Incluso las modificaciones en las relaciones técnicas, que se refieren a funciones de producción, son también creaciones del espíritu. La tensión existente, por una parte, entre los esfuerzos teóricos encaminados a construir un sistema económico deductivo y exacto y, por otra parte, el carácter multiforme e inconstante del comportamiento humano constituye el tema central de una segunda corriente de pensamiento la cual tiene diversas ramificaciones que atacan al sentido determinista de la economía. Su principal censura a la ciencia económica tradicional es que facilita un análisis

²⁹ Comparar F. Machlup, *The Economics of Sellers' Competition*, Baltimore, 1952, pp. 417 y siguientes.

insuficiente, unilateral e incompleto de los actos humanos, tanto desde el punto de vista psicológico como sociológico. En todos los tonos, los portavoces de esta corriente han condenado la definición excesivamente racionalista, hedonista e individualista de la conducta humana que suele encontrarse en la teoría económica clásica. Combaten, sobre todo, su *determinismo mecánico*, que abarca nociones muy diferentes, pero según el cual se admite la hipótesis de que los individuos reaccionen de manera idéntica cuando las condiciones exteriores son las mismas o siguen una idéntica línea de conducta si la situación se modifica; a título de ejemplo, se citará la idea que afirma que la propensión marginal al consumo permanece constante a pesar de las variaciones del ingreso; o aquella otra según la cual los empresarios aumentan las inversiones con el desarrollo de los mercados, ajustándose a un coeficiente de aceleración constante.

Tales objeciones se resumen en el reproche de que la ciencia económica ignora al hombre real: “el hombre se ha retirado de la ciencia económica”.³⁰ Así como el primer grupo no defiende la ciencia económica más que en la medida en que ésta facilita un conocimiento cuantitativo exacto, sobre todo de las previsiones útiles, la segunda corriente no acepta este criterio, sino que, por el contrario, ve en los esfuerzos encaminados a obtener evaluaciones, datos cifrados, la causa de la “deshumanización” de la ciencia económica. Ese grupo ve al hombre con sus necesidades y sus aspiraciones ocultas tras fórmulas, cuadros y gráficas de los que se encuentra ausente lo esencial. “Contar, contar siempre, contar todas las cosas, ¿no es eso exponerse a no saber tener en cuenta —y a no dar cuenta— de aquello que no se cuenta y que es sólo lo que cuenta?”³¹ Es la generalización de las aberraciones mecánicas que, según Roepke, ha suscitado la crisis de la ciencia económica. “El factor determinante de la actividad económica es proporcionado por cosas que carecen de sentido matemático, al igual que una carta de amor o una fiesta navideña, por fuerzas morales e intelectuales, por reacciones y opiniones que no pueden expresarse simplemente en curvas y ecuaciones, pero que residen en el dominio de lo que no se puede calcular ni prever, y que perdura para siempre.”³²

³⁰ F. Perroux, *Science de l'Homme et Science Économique*, París, mismo año, p. 10. Con respecto a la interpretación de la tendencia que aquí interesa, véanse además las notas siguientes: J. Lhomme, “Pour une humanisation de l'économie”, *Banque*, 1949; K. W. Kapp, “Political Economy and Psychology”, *Kyklos*, 1950, “Economics and the Behavioral Sciences”, *Kyklos*, 1954; J. L. Fyot, *Dimensions de l'homme et science économique*, París, 1952; W. I. Greenwald “Common Irrelevancies in Contemporary Economic Thought”, *Kyklos*, 1957; K. H. Werner, “Die Bedeutung der Methode für die Wirtschaftswissenschaft”, *Zeitschrift für die Nationalökonomie*, 1952 (contra el modo mecánico).

³¹ D. Villey, “Examen de conscience de l'économie politique”, *Revue d'Économie Politique*, 1951, p. 862.

³² W. Roepke, “The Place of Economics Among the Sciences”, *On Freedom and Free Enterprise, Essays in Honor of Ludwig von Mises*, Princeton, etc., 1956, pp. 122-123. Más o menos en el mismo sentido J. Gascuel, “De la méthode économie politique”, *Banque*, 1947 (con la crítica de J. Ullmo, “A propos de la méthode en économie politique”, *Banque*, 1948); R. Mosse, “La domaine et la nature de la connaissance économique, science morale et appliquée”, *Revue des scien-*

Contra la opinión de Goudriaan, que cree inútil ahondar en el examen de los comportamientos “indeterminados”, los sustentadores de esta otra corriente exigen un estudio más detenido que rehabilite al hombre en la ciencia económica. “El centro de la ciencia económica debe ser el hombre, y no la cantidades económicas.” Se “deberá volver a descubrir al hombre”.³³ La ciencia económica, según su programa, debe liberarse de la tendencia, demasiado acusada, de imitar a la ciencia natural, y tratar de ser enteramente una ciencia del hombre y una ciencia social: “si la ciencia económica no es ni una ciencia del hombre ni una ciencia social ¿qué puede ser?”, inquiriere Denis³⁴ quien expuso brevemente, y de un modo muy preciso, las ideas de este grupo; hay que señalar, no obstante, que él no habla de la cuestión en su estudio sobre la crisis de la ciencia económica. A veces, se llega incluso a exigir de la ciencia económica un análisis del hombre en todos sus aspectos.³⁵

Quienes defienden “la economía del hombre” suelen atribuir un objetivo moral y normativo a la ciencia económica;³⁶ en general se pretende llegar a este objetivo acercándose a la psicología —posición semejante a la de Schoeffler— y, sobre todo, a la sociología, en razón a la importancia de las relaciones colectivas en los actos y en la dirección de los grupos organizados. A. Marchal busca igualmente, en esta vía, la renovación de la ciencia económica, que estima necesaria.³⁷

La opinión de que la ciencia económica mantiene insuficientes contactos con las otras ciencias sociales, cuando sería útil una relación más estrecha con estas ciencias, es por lo general compartida por numerosos economistas que no aprueban total o parcialmente las críticas formuladas contra la ciencia económica. Además, las relaciones entre la economía, la psicología y la sociología así como la utilidad o la posibilidad de una integración o de una síntesis de estas ciencias, han sido frecuentemente objeto de examen.³⁸

ces Économiques, 1949, y “La connaissance économique et le problème de la méthode”, *Bulletin International des Sciences Sociales*, 1949.

³³ H. van Ravestijn, “Over bepaaldheid en onbepaaldheid, gebondenheid en ongebondenheid van economische verschijnselen in verband met de drie axioma's van professor Goudriaan”, *De Naamloze Vennootschap*, 1952, p. 65.

³⁴ H. Denis, “Économie politique et déterminisme”, *Revue d'Économie Politique*, 1947, p. 331.

³⁵ J. Marchal, “Gegenstand und Wesen der Wirtschaftswissenschaft: Von einer mechanischen Wissenschaft zu einer Wissenschaft vom Menschen”, *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, 1950, p. 596.

³⁶ Por ejemplo, E. James, “Pour une science économique humaine”, *Études d'Économie Politique et Sociale à la Mémoire d'Eugène Duthoit*, París, 1949.

³⁷ A. Marchal defiende igualmente el carácter sociológico de la ciencia económica, *Méthode scientifique et science économique*, tomo I, París, mismo año (1952), pp. 30 y siguientes. El artículo de J. Lesourne “Quelques réflexions sur la science économique”, *Les cahiers économiques*, 1953, pp. 6 y siguientes (“L'économie a besoin d'être régénérée par la sociologie”), constituye igualmente una declaración a su favor.

³⁸ La bibliografía en cuestión es demasiado amplia para señalarse en detalle. Véase, por ejemplo, P. L. Reynaud, *La psychologie économique*, París, 1954, acompañada de una bibliografía detallada; L. Baudin, “De psychologische tendensen van de hedendaagse economische wetenschap”, *Tijdschrift voor Documentatie en Voorlichting van de Nationale Bank van België*, 1956; J. E. Mertens, “Les

VIII

A pesar de que dicho conjunto de censuras y aspiraciones encierra muchas cosas meritorias, contiene, sin embargo, juicios superficiales y recomendaciones inquietantes. Las consideraciones entusiastas relativas a la desaparición del hombre en la economía no siempre están desprovistas de fraseología; el grito de rehabilitación tiene a menudo un matiz de emotividad. Pero lo que es más grave, tales consideraciones reflejan a veces, de modo incompleto y tendencioso, la situación real de la ciencia económica desde el punto de vista del estudio del comportamiento humano y ponen de relieve una insuficiente comprensión del carácter y de la finalidad del análisis teórico. Lo que se justifica como una advertencia y como un intento de mejora de ciertas lagunas, se hace inadmisibile cuando se formula una censura global y se quiere reformar todo por completo.

Los defensores del hombre ignorado consagran gran parte de sus fuerzas a combatir una imagen anticuada de la ciencia económica. Su ardiente indignación va dirigida contra el *homo oeconomicus* clásico, como si ese dueño del juego de las fuerzas económicas no hubiese sido destronado desde hace tiempo y descendido hasta el nivel que ocupan numerosos tipos de individuos estudiados por la ciencia económica. En su oposición desde el punto de vista mecanicista, ofrecen insuficiente discernimiento y escasa sutileza. Subestiman el hecho de que tan pronto como las consideraciones subjetivas se convirtieron en punto de partida del análisis y de la explicación de los fenómenos económicos, rompieron, en principio, con la concepción mecánica del comportamiento humano. Una teoría general y formal de las alternativas económicas se ha desarrollado paulatinamente; se aplica a los comportamientos más diversos y en modo alguno aparece vinculada a suposiciones racionalistas o hedonistas irreales. A pesar de que la ciencia económica existente incurre a veces en tales desvaríos, acusarla de ello en conjunto equivaldría a demostrar un conocimiento fragmentario de la tendencia de la teoría moderna.³⁹

En lo que concierne al uso de nociones de presentación y de esquemas explicativos extraídos de la mecánica, conviene no confundir la apariencia con la realidad. Algunos han exagerado realmente la tendencia a tratar la ciencia económica en su conjunto de modo similar a la mecánica.

rapports entre la sociologie et la science économique", *Bulletin de l'Institut de Recherches Économiques et Sociales de l'Université de Louvain*, 1949; G. Papandreou, "Economics and the Social Sciences", *Economic Journal*, 1950; W. A. Joehr, "Nationalökonomie und Soziologie", *Wirtschaftstheorie und Wirtschaftspolitik. Festschrift für Alfred Amonn*, Berna, 1953; F. Hartog, "Van denken tot handelen: Integratie der cultuurwetenschappen", *Mens en Maatschappij*, 1954; J. Parsons en N. J. Smelser, *Economy and Society. A Study in the Integration of Economic and Social Theory*, Londres, 1956; K. W. Kapp, "Approaches to the Integration of Social Inquiry", *Kyklos*, 1957.

³⁹ A ese respecto, comparar P. Hennipman, *Economisch motief en economisch principe*, Amsterdam, 1945. Con referencia al problema en cuestión, véase M. Merigot, "Autour de l'Homo Oeconomicus", *Economie Contemporaine*, 1949.

Dicha analogía es válida hasta ciertos límites; es perfectamente natural e inofensiva en el sentido de que no supone necesariamente un determinismo mecánico de los actos. La deducción teórica de un equilibrio estático determinado del precio, por ejemplo, no excluye en ningún caso la posibilidad de que los elementos que intervienen en el mercado se dejen guiar por la rutina y la costumbre o por razones emotivas. La noción de la elasticidad es un instrumento puramente formal, aplicable a toda clase de reacciones imaginables.⁴⁰

Los reproches formulados contra la irrealidad del determinismo mecánico conciernen principalmente a aquellos razonamientos que emanan de hipótesis rígidas del comportamiento; dichos razonamientos son, en efecto, muy frecuentes en la teoría. Un juicio equitativo presupone, empero, que se le asigne un lugar y una finalidad dentro de un sistema teórico considerado en su conjunto. Los razonamientos en cuestión no tienden a representar con exactitud un comportamiento real, sino a analizar de manera abstracta elementos importantes de la acción, y consecuencias que se aíslan conscientemente; pueden igualmente servir para señalar ciertas correlaciones. Además, constituyen con frecuencia el primer paso para esbozar un estudio más amplio y más detallado. Asimismo, a pesar de sus lagunas empíricas, esos razonamientos pueden servir como aproximación a la realidad en numerosos casos. A tal efecto no es necesario que todos los individuos reaccionen como autómatas; basta que las diferencias en cuanto al comportamiento-tipo adoptado en el modelo se compensen en gran parte. Con base en dichas consideraciones, la hipótesis, a menudo desacreditada, de las utilidades máximas merece conservar su lugar dentro de la teoría. Ésta no cumpliría su misión si no hubiese desarrollado la lógica pura de esa idea. Asimismo, el comportamiento "mecánico" que se traduce por una función lineal del consumo (con un porcentaje de consumo marginal constante) ha probado repetidas veces corresponder a los hechos. Un teórico tan sutil como Shackle, partidario convencido de la concepción "indeterminada" del proceso económico, asigna un lugar importante a lo que él llama "economía de ajuste perfecto" y "fuerzas calculables".⁴¹ Esto debe constituir, por lo menos, una indicación para todos cuantos rechacen con frivolidad los modelos "mecánicos".

De acuerdo con las críticas de los modelos "mecánicos", puede admi-

⁴⁰ Comparar E. Schneider, "Propheten des Unpropheteibaren?", *Zeitschrift für das gesamte Kreditwesen*, 1952, p. 443. Al respecto, además del artículo de G. Sebbá mencionado en la nota 1, véase particularmente: A. Lowe, "On the Mechanistic Approach in Economics", *Social Research*, 1951, y su discusión con J. Parsons, *Social Research*, 1952.

⁴¹ G. L. S. Shackle, *Uncertainty in Economics and Other Reflections*, Londres, 1955, pp. 218 y siguientes; comparar también su crítica del carácter mecánico de la teoría de la coyuntura de Hicks ("it is not about homo at all, but about robot"): *Time in Economics*, Amsterdam, 1957, p. 103. Con respecto a la relación entre la interpretación mecánica y socio-psicológica de la coyuntura, una exposición interesante de W. A. Joehr, *Die Konjunkturschwankungen*, Tubinga-Zurich, 1952, páginas 625 y siguientes.

tirse que, a veces, la elaboración de ciertos esquemas rígidos ha sido demorada demasiado, por haberse subestimado sus límites y, por tanto, sobrestimado el grado de determinismo mecánico. En su conjunto, la ciencia económica contemporánea está, sin embargo, convencida de estas insuficiencias. Desde hace décadas, tanto la teoría formal de las alternativas, como el análisis más concreto, encierra una diversidad creciente de consideraciones y de comportamientos. Citaremos, a título ilustrativo, el progreso de la teoría del comportamiento del jefe de empresa, que resulta de la introducción de la noción de tiempo en el rendimiento máximo de las utilidades o, también, del reconocimiento, junto a aquél, de otros motivos de acción. Subrayaremos además la importancia cada vez mayor que se concede a los factores psicológicos en la coyuntura y a los estudios relativos al elemento sociológico en la función de la demanda y del consumo, por ejemplo el realizado por Duesenberry sobre la influencia de la interdependencia de las preferencias y más particularmente del “efecto-demostración” sobre la propensión al ahorro.⁴²

Este desarrollo regular de la casuística señala ya, de por sí, el abandono de una determinación estrictamente externa de la acción y, en especial, el reconocimiento de una indeterminación estructural de los fenómenos que tiene sus orígenes en los comportamientos subjetivos. A veces, a causa del margen de indeterminación, incluso se renuncia a dar una solución teórica estrictamente definida, por ejemplo, representando las curvas de la oferta y la demanda como unas superficies o bandas más o menos delimitadas. Un gran progreso desde el punto de vista “indeterminista” —en el sentido no mecánico— surge del reconocimiento de la influencia que la incertidumbre subjetiva tiene sobre el comportamiento y sobre el progreso económico. A veces se considera este factor, con demasiada facilidad, como la causa principal de la determinación no mecánica de los comportamientos económicos y como el motivo decisivo de la ruptura con el determinismo mecánico. El ejemplo de Shackle prueba que una opinión de esa índole no significa necesariamente el abandono de los esfuerzos para lograr una solución teóricamente determinada; dicho autor procuró afanosamente demostrar el interés que proporciona su esquema teórico para los comportamientos en condiciones de previsiones inciertas.⁴³

⁴² J. S. Duesenberry, *Income Saving and the Theory of Consumer Behavior*, Cambridge (Mass.), 1949; en lo que concierne a la interdependencia de las preferencias y del consumo, consultar P. Henipman, “De economische problematik van het sparen”, L. M. Koyck, etc., *Verbruik en sparen in theorie en praktijk*, Harlem, 1956, tomo II, pp. 242 y siguientes, así como M. C. Kemp, “The Efficiency of Competition as an Allocator of Resources: II. External Economies of Consumption”, *Canadian Journal of Economics and Political Science*, 1955, así como las publicaciones señaladas en esas obras.

⁴³ G. L. S. Shackle, *Time in Economics*, Amsterdam, 1958, pp. 54 y siguientes.

IX

Son exagerados en alto grado los reproches que se han formulado al determinismo mecánico de la ciencia económica y a su ignorancia sobre la multiplicidad de las actitudes humanas y sobre el carácter aleatorio de las mismas; ellos son consecuencia del desconocimiento de los progresos logrados por la teoría durante más de medio siglo. Es preciso subrayar que dicho argumento es también válido para la economía matemática. Es verdad que los que a ella se dedican tienen a veces una preferencia acentuada por el razonamiento mecánico, pero no es ése el caso general. Se subestiman mucho las posibilidades de los instrumentos matemáticos cuando se cree que sólo son útiles para la construcción de modelos estrictamente mecánicos. La economía matemática participó en todo el desarrollo reseñado antes y gracias a ella se aportaron numerosas contribuciones notables. Aquellos que consideran la aplicación de los métodos cuantitativos como una “deshumanización” de la economía y que buscan el paliativo apoyándose en la psicología y en la sociología, olvidan que, también en dichas ciencias, los mismos métodos se emplean cada vez más.⁴⁴

Respecto a un punto, la inquietud referente a la eliminación del hombre por la investigación cuantitativa está, sin embargo, justificada: es en la medida en que, bajo el lema “la ciencia es medición”, y apoyándose en la autoridad de la fuerte tendencia del positivismo empírico, todo recurso a fenómenos no observables ni mensurables está considerado como desprovisto de valor científico. A pesar de elogiar los esfuerzos para obtener la más exacta representación cuantitativa posible y de reconocer el derecho que cada quien tiene de ocuparse tan sólo de magnitudes económicas objetivas, hay que señalar que dicha limitación es contraria a la naturaleza de la ciencia económica. Los fenómenos que esta ciencia analiza se justifican por las aspiraciones del hombre; para comprenderlos deben tomarse en cuenta nociones tales como la utilidad y la preferencia de tiempo, la esperanza y el afán de seguridad, si es que no está uno obligado a aprobar todos los conceptos metafísicos que los alemanes vinculan a la noción *Verstehen*. La “manía de medir todo”, término dado por Machlup en su lista de las causas dogmáticas que engendraron un estrechamiento del campo de la investigación científica y excluyeron de ella todos los fenómenos no mensurables, conduce a unos resultados sorprendentemente truncados como los que despertaron los sarcasmos de Robertson hacia los matemáticos que siempre acaban descubriendo unos “fragmentos de material psicológico ofensivo”.⁴⁵ Como lo comprueban las innumerables obras an-

⁴⁴ Comparar al respecto G. Levy-Strauss, “The Mathematics of Man”, *International Social Science Bulletin*, 1954.

⁴⁵ F. Machlup, “The Inferiority Complex of the Social Sciences”, *On Freedom and Free Enterprise. Essays in Honor of Ludwig von Mises*, Princeton, etc., 1956, p. 169; D. H. Robertson, *Utility and All That and Other Essays*, Londres, 1952, p. 71; comparar las páginas 61-62, comparar igualmen-

tiguas y recientes, dicho prejuicio no es inherente a la economía matemática en sí; sin embargo, bajo la influencia de la econometría se ha generalizado mucho. La causa de la famosa controversia entre Pareto y Croce radica en este punto. Al igual que la crítica de Schumpeter a propósito de Von Wieser,⁴⁶ esa cuestión quedó pendiente y convendría que dichas divergencias de opinión se allanasen lo más pronto posible.

La exclusión de los factores subjetivos y de los otros elementos no cuantitativos es, por otra parte, criticable en el sentido de que el estudio cualitativo pueda, por sí mismo, propiciar un análisis más exacto. No se puede sostener que sólo el conocimiento formulado en un sistema de ecuaciones tenga un valor científico. Aquel que estimase que la obra de W. A. Lewis, *Teoría del desarrollo económico*,* carece de valor científico, revelaría su propia ignorancia.⁴⁷ Las afirmaciones de Mossé: "lo que constituye el valor de una ciencia es más bien la profundidad de la explicación —la inteligencia de los fenómenos— que el grado de precisión" encierran una gran parte de verdad. En cambio, sería completamente injusto reprochar a los usuarios de la investigación cuantitativa que descuidan los valores esencialmente humanos y sociales por estar sumidos en fórmulas y cifras. La obra y la figura de un Tinbergen y de muchos más prueban lo contrario.

La futilidad de las censuras formuladas contra los partidarios del razonamiento mecanicista, salvo cuando se trata del grupo extremista de los "objetivistas", no significa, sin embargo, que en la economía vuelva a encontrarse "el hombre real entero en todos sus aspectos". Sería injusto imponer dicha exigencia —a la que todas las ciencias y todas las artes juntas no pueden contestar— a la ciencia económica que estudia la actitud humana desde un punto de vista específico. Reprochar a la teoría no considerar al hombre real equivaldría a pecar de incompreensión. No le corresponde hacer una descripción de todas las particularidades y matices individuales; se basa en caracteres generales y típicos y, por tanto, debe proceder de una manera esquemática. Sus resultados pueden ser complementados por unas investigaciones detalladas de tipo más descriptivo.

te al respecto: P. Hennisman, *Economisch motief en economisch principe*, Amsterdam, 1945, p. 435 y las publicaciones que se señalan en él; F. A. Hayek "The Facts of the Social Sciences", *Individualism and Economic Order*, Chicago, 1948, y *The Counter-revolution of Science*, Glencoe (Ill.), 1952, particularmente pp. 25 y siguientes; F. Machlup, "The Problem of Verification in Economics", *Southem Economic Journal*, 1955-1956, pp. 16-7. El punto de vista aquí sostenido es igualmente compartido por un econometrista como A. Garrogu-Lagrange, "La méthode en économie politique et en économie sociale", *Études d'économie politique et sociale à la mémoire d'Eugène Duthoit*, Paris, 1949, pp. 51-52, y para la economía matemática por E. Schams "Wirtschaftslogik", *Schmollers Jahrbuch*, 1934, II.

⁴⁶ La discusión entre Croce y Pareto (*Giornale degli Economisti 1900-1901*) está publicada en inglés en *International Economic Papers*, nº 3, Londres-Nueva York, 1953; F. von Wieser, *Gesammelte Abhandlungen*, Tubinga, 1929, pp. 17 y siguientes.

* Ed. del Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

⁴⁷ R. Mossé, "La connaissance économique et le problème de la méthode", *Bulletin international des sciences sociales*, 1949, p. 38, y "Le domaine et la nature de la connaissance économique, science morale et appliquée", *Revue des sciences économiques*, 1949, p. 15. Comparar también a Joehr, *Die Konjunkturchankungen*, Tubinga-Zurich, 1942, pp. 630-31, particularmente p. 631, nota.

No obstante, no es del caso considerar como definitivos los resultados ya logrados. Cualquier economista se sentirá complacido por el apoyo de la sociología y de la psicología. Nos regocija comprobar que los campos de exploración situados en el límite de dichas ciencias gozan de un interés creciente. Sin embargo, lo prudente sería no hacerse ilusiones prematuras, principalmente en lo que concierne a la teoría. En el dominio de algunas investigaciones históricas y empíricas, así como para la solución de problemas prácticos, la colaboración es, sin duda alguna, más prometedora. Es menos probable que las ciencias en cuestión permitan muy amplias generalizaciones que constituirían puntos de partida útiles para la teoría. Hasta ahora la experiencia no parece muy alentadora. Los elementos sociológicos y psicológicos contenidos en la teoría económica no deben mucho a esas ciencias. Los economistas se dan perfectamente cuenta de la importancia de los factores sociológicos y psicológicos; si la colaboración con dichas ciencias deja algo que desear, no debe culparse de ello a la ciencia económica. En consecuencia, la ayuda de la psicología, en lo que atañe a las previsiones es mínima; en este dominio, la ciencia económica debe bastarse a sí misma, por lo menos para lo esencial. Todavía esperamos que la utilidad de la "teoría general de la acción" aplicada a la ciencia económica se revele. Sería ingenuo creer, como lo hace Schoeffler, que las otras ciencias del comportamiento humano, a veces mucho más jóvenes y menos maduras que la ciencia económica, puedan proporcionar a ésta unas "leyes" que podrían servir de base para las previsiones.

Los que abogan por una "humanización" de la ciencia económica presentan una tendencia peligrosa cuando tratan, más o menos abiertamente, de integrar la ciencia económica en la sociología. El análisis teórico, sin duda parcial pero exacto, sería sacrificado por una masa incoherente de hechos y de especulaciones. En un pasaje que merece citarse en su totalidad, Villey protesta vigorosamente, y con justa razón, contra dicho "sociologismo": "Más vale, sin duda, una teoría basada en un sistema simplificado de hipótesis —como ocurre necesariamente con toda teoría— pero rigurosa y coherente, que disertaciones prolijas y de carácter indeciso que... ahogan la precisión de los conceptos y de las leyes científicas en un conjunto inconsistente formado por consideraciones abusivas y pseudo-filosóficas."⁴⁸ Cabe esperar que los resultados de las otras ciencias sociales enriquecerán y matizarán la teoría económica; no podrán, sin embargo, convertirla en superflua ni sustituirla.

⁴⁸ D. Villey, "La pensée économique en France depuis 1945", *Revue d'Économie Politique*, 1954, p. 92; en el mismo sentido H. Guitton y G. Th. Guilbaud, "En réponse a Henri Denis", *Revue d'Économie Politique*, 1947, p. 334, y P. Dieterlen, "La pensée économique en France depuis 1945", *Revue Économique*, 1953, pp. 430 y siguientes; comparar también R. F. Harrod, "Scope and Method of Economics", *Economic Journal*, 1938, p. 411 (reeditado en *Readings in Economic Analysis*, bajo el cuidado de R. V. Clemence, Cambridge (Mass.), 1950, tomo I, p. 29).

X

La conclusión a cuanto precede no favorece, por cierto, en su totalidad, a una ciencia económica que se esfuerza por reducir la gran diversidad de fenómenos a unas cuantas reglas fundamentales. A pesar de que podría elaborarse el plan general, que no carece en verdad de valor, del comportamiento económico, a medida que se adentra uno en el problema es cada vez más difícil encerrar al hombre, tal como aparece con su actitud económica, en una red analítica coherente que no traicione la realidad de su naturaleza. Por su espontaneidad y por su espíritu creador, tan imprevisibles como impenetrables, por sus dudas y sus convicciones, por su lentitud y su sensibilidad, por sus deseos y sus impulsos contradictorios, el hombre rompe siempre el determinismo rígido del proceso económico; en las leyes económicas desempeña, de modo irresistible, el papel de "obstruccionista" de "obstaculizador del funcionamiento de las teorías".⁴⁹ Pueden admitirse entonces aquellos momentos de pesimismo intelectual que impulsaron a Gray a decir que el punto débil de la economía y de las demás ciencias sociales reside siempre en lo más insondable del alma.⁵⁰

La distancia entre la teoría y la realidad que no puede franquearse enteramente —por lo menos con los recursos actuales de la ciencia— debido a los factores humanos, significa que los fenómenos estudiados por la ciencia económica no están íntegramente determinados por las leyes que dicha ciencia pugna por establecer. "Los teóricos tienen urgencia, como es natural, por formular teoremas o leyes precisos y determinados. Pero los hechos de la vida económica se desarrollan con poca consideración para este afán y permanecen, en su mayoría, indeterminados, de manera perversa y persistente. He aquí el esqueleto en el armario de la teoría económica."⁵¹

A condición de ser interpretada exactamente, la tesis principal de Goudriaan sobre la indeterminación de numerosas magnitudes económicas contiene una gran parte de verdad. Pero sus críticas contra la ciencia económica contemporánea están enteramente fuera de lugar a causa de su supuesto determinismo dogmático. La creencia de que la ciencia económica admite un determinismo absoluto, en el sentido que Goudriaan le atribuye y partiendo, por tanto, de una previsibilidad cuantitativa de todos los fenómenos económicos, se basa en una sorprendente mala interpretación tanto por parte de dicho autor como de Schoeffler. Nadie reconoció nunca que, en materia de previsión, la teoría tuviera otro valor que el hipotético, lo que significa que, mediante ciertas suposiciones también meramente cualitativas, la teoría señalará que dichos efectos nacen de causas

⁴⁹ J. J. Chevalier, "Réflexions sur la méthode dans les sciences de l'homme", *Revue Française de Science Politique*, 1952, p. 403.

⁵⁰ A. Gray, "Economics: Yesterday and Tomorrow", *Economic Journal*, 1949, p. 513.

⁵¹ J. M. Clark, "Varieties of Economic Law, and Their Limiting Factors", *Proceedings of the American Philosophical Society*, 1950, p. 121.

determinadas. Como tal, la teoría representa un medio que permite formular ciertas previsiones prácticas que se traducen en cifras, pero no puede en cambio proporcionarlas por sí misma. Todos los economistas reconocen que no existen magnitudes económicas constantes y, por ende, tampoco leyes económicas cuantitativas exactas debido a la inconstancia de los factores exógenos, la cual se opone a una previsibilidad exacta de los fenómenos. Las advertencias de Schoeffler pueden ser útiles cuando se tiende a subestimar la influencia de los factores exógenos y a sobrestimar la constancia de las relaciones económicas al establecer las previsiones. Sin embargo, la sentencia condenatoria formulada por dicho autor contra la ciencia económica a la que acusa de haber encaminado mal sus pasos por desconocer tales dificultades, es una condena completamente inútil.

Querer presentar, como lo hace Schoeffler, el fracaso de diversas previsiones como una quiebra de la ciencia económica, no se explica sólo porque la teoría y muchas de las investigaciones empíricas no tiendan a dar una utilidad práctica a las previsiones, a no ser de una manera indirecta, sino también porque no se puede apreciar su valor científico y pragmático tan sólo en función de las previsiones empíricas exactas que pueden proporcionar. Este criterio, al igual que la opinión de Goudriaan, según la cual la investigación de los fenómenos indeterminados, tal como él los entiende, sería inútil, revela otro prejuicio calificado como “prediccionismo” por Machlup, o sea que la misión propia y principal de la ciencia en general y de la ciencia económica en particular consistiría en pronosticar. Dicho punto de vista solamente es defendible en un sentido “trivial” según el cual toda tesis general acerca de un vínculo causal implica una previsión hipotética. “El propósito de la ciencia consiste en comprender y no en su facultad para prever”, como señaló, con toda razón, Jewkes quien, en un texto muy claro, combatió hace algunos años dicho prejuicio.⁵²

La crítica de Goudriaan que ataca a la base determinista de la ciencia económica, carece igualmente de todo fundamento cuando por determinismo no se entienden los fenómenos previsibles sino únicamente explicados o explicables, en principio, por unas leyes económicas. Por más que quiera atraer la atención hacia la ausencia de determinismo completo en este sentido, Goudriaan no es, como hace creer, el único en ir contra la corriente de una opinión unánime. Su contribución está, en muchos aspectos, conforme con una evolución en curso desde hace tiempo. Ya pasó la época en que se creía en leyes económicas inmutables, absolutas e independientes del lugar y del tiempo; no puede tampoco olvidarse que varias generaciones pasadas subrayaron igualmente que distintos tipos de “fricciones” entorpecen el libre juego de las leyes económicas. Como lo advirtió Tomaselli, la ilusión del carácter absoluto de las leyes económicas ha sido

⁵² J. Jewkes, “The Economist and Public Policy”, *Lloyds Bank Review*, 1953, pp. 24 y siguientes.

definitivamente vencida por la evolución progresiva de la ciencia económica hacia una etapa más madura y más crítica.⁵³ Dio lugar a una interpretación mucho más relativista o, mejor aún, a un conocimiento más profundo del carácter hipotético de muchos de los resultados del análisis teórico. Dicho relativismo más acentuado es, por una parte, fruto de un mejor conocimiento de la complejidad del proceso económico, gracias a los adelantos científicos y, por otra, de unos cambios en el orden económico; un automatismo más o menos impersonal cedió el puesto a decisiones un tanto arbitrarias de los individuos, de grupos organizados o de los poderes públicos.

Esas limitaciones de la teoría son fuente de repetidos reproches sobre su utilidad científica y práctica, de disputas interminables acerca de su valor y de su orientación. El economista no se da muy bien cuenta de dichas limitaciones. No se puede admitir, coincidiendo con Goudriaan, que la mayor parte de los investigadores teóricos y empíricos modernos se encierran en un determinismo ingenuo. "Todo economista se da cuenta de que la economía es, en el fondo, una disciplina inexacta e incierta, en la que no se puede actualmente verificar la variable aleatoria ni formular previsiones sin antes calificarlas."⁵⁴ Por cierto, otros sobrestiman a veces el carácter determinado de los fenómenos económicos y las advertencias de Goudriaan pueden ser útiles cuando dicho autor subraya, por ejemplo, que incluso no existe siempre un determinismo "estocástico". Puede apreciarse su esfuerzo —aunque no haya tenido un éxito total— para señalar más exactamente los grados de determinismo y los factores de que éstos dependen.⁵⁵ Al igual que Fourastié, este autor subraya con acierto que el grado de determinismo no es idéntico para todas las categorías de fenómenos. Exagera, sin embargo, el grado de indeterminismo cuando por él se entiende la imposibilidad de establecer leyes analíticas y reglas empíricas de una tendencia más o menos limitada. Su axioma referente al indeterminismo de los comportamientos de una multitud de personas que ejercen una influencia recíproca, es particularmente discutible. Hasta cierto punto, esas

⁵³ A. Tomaselli, "Ancora sulla pretesa crisi della scienza economica", *Giornali degli Economisti*, 1952, p. 366.

⁵⁴ J. S. Early, "Limitations of Economic Theory", *Economic Theory in Review*, bajo la redacción de C. L. Christenson, Bloomington (Indiana) 1950, p. 25, nota 3. Los límites del conocimiento empírico de la teoría, son un tema muy discutido en metodología; véase sobre todo, al respecto, la excelente obra de F. Zeuthen, *Economic Theory and Method*, Londres, 1955, particularmente los primeros capítulos (por ejemplo, p. 13: "we cannot formulate exact laws applying to real life"). Sobre ese tema, E. Schams, "Die Determinierbarkeit des Wirtschaftsgeschehens", *Zeitschrift für Nationalökonomie*, 1943, y L. Sommer, "Zum Wirklichkeitsgehalt ökonomischer Theorien", *Revue Suisse d'Economie Politique et de Statistique*, 1947, merecen ser leídos.

⁵⁵ Las observaciones hechas aquí y en otras partes del texto respecto a la opinión de Goudriaan tienen puntos comunes con las de H. van Ravenstijn en su artículo mencionado en la nota 33 al igual que con J. Tinbergen, "Goudriaans analytische economie", *De Economist*, 1952, y H. Theil, "Goudriaans zestienblad zijden", *Maandblad voor accountancy en bedrijfshuishoudkunde*, 1954. Comparar también Centraal Planbureau, *Een vergelijking de feitelijke economische ontwikkeling 1949-1953*, Gravenhage, 1955, pp. 14 y siguientes.

acciones recíprocas de la actitud y sus consecuencias se prestan perfectamente a un análisis teórico y empírico, tales como la especulación⁵⁶ y la interdependencia de las preferencias de los consumidores y de los factores psicológicos dentro de la coyuntura. Debe señalarse igualmente que el comportamiento de los individuos puede ser menos arbitrario —y por tanto más fácil de determinar en el sentido emitido por Goudriaan— que los fenómenos que emanan de los actos de una multitud de personas que actúan independientemente una de otra. Puede preverse la política de las autoridades y de los sindicatos holandeses en materia de tasa de salarios en los meses venideros, con más certeza que los fletes de transporte en recorridos irregulares.

XI

El alcance empírico limitado de las “leyes económicas” puede llevar a un escepticismo o a un agnosticismo exagerados. El descubrimiento de que el conjunto de los fenómenos económicos descansa en un sistema de leyes, ha sido la cuna de la ciencia económica. A partir del instante en que dicha visión se consideró demasiado simplista, por ejemplo desde que no se tiene plena confianza en las leyes de la formación de los precios, algunos han caído en el extremo opuesto y no ven más que una confusión de fuerzas inextricables y siempre en movimiento. Dicha reacción explica el hecho de que ciertos autores hablen de una crisis. Goudriaan exagera también en su derrotismo, tanto en lo que concierne a las posibilidades de establecer previsiones más o menos acertadas, como a su apreciación de los conocimientos que pueden extraerse de los fenómenos “indeterminados”. Aquellas recomendaciones que tienden a excluirlas totalmente del dominio de la ciencia económica, constituyen un gesto de desesperación contrario al carácter de la ciencia. Ésta faltaría a su deber si se dejara desalentar anticipadamente por las dificultades de la materia, en vez de intentar profundizarla. Es fácil imaginarse el ultraje que se inferiría a la ciencia económica si se dijera que ésta no se preocupa, por ejemplo, de la coyuntura, aduciendo que no se presta a una explicación razonable.

Dicha actitud negativa traduce, en el fondo, un perfeccionamiento frustrado. Una investigación teórica y empírica minuciosa no carece de valor tan sólo porque no brinde una interpretación integral de los fenómenos, ni revele leyes generales y exactas, ni permita lograr la omnisciencia. Una clasificación de las posibilidades y de los principales factores y el descubrimiento de las correlaciones esenciales, aun cuando no resuelvan todos los enigmas, pueden ampliar el conocimiento hasta volverlo útil para la acción. Un conocimiento imperfecto es siempre mejor que la ignorancia.

⁵⁶ Para dar tan sólo pocos ejemplos, es lo que se deduce de C. Bresciani-Turroni, “Recherches inductives sur la prévision des prix”, *Metroeconomica*, 1949, y H. S. Houthakker, “Can Speculators Forecast Prices?”, *Review of Economics and Statistics*, 1957.

La ciencia económica sirve para algo más que para llenar un barril sin fondo. Como lo señala Tinbergen, si no hubiese ningún determinismo, no habría ciencia económica y acaso sólo se escribirían novelas económicas.⁵⁷ Sin embargo, el economista no debe resignarse a ceder su tarea al novelista, cualquiera que sea su amplitud. Es erróneo afirmar que “todo es posible” en el proceso económico. “Como seres inteligentes vivimos en algún punto entre el origen y el caos”, escribió Knight.⁵⁸ A pesar de todos los albrures y de todas las inconstancias, existe un orden y una correlación, unas reglas y unas necesidades. No en vano se ha procurado descubrirlos y formularlos. El conocimiento de los límites de la sabiduría humana, de la imposibilidad de encerrar la vida real en algunos esquemas fijos, no justifica el rechazo de los conocimientos ya adquiridos y por adquirir.

Más inquietante aún que los consejos negativos de Goudriaan para la ciencia económica es la orientación señalada por Schoeffler. Su tesis, según la cual no es una ciencia autónoma en el sentido de que debe recurrir a los informes de otras ciencias para interpretar los fenómenos analizados por ella, no tiene valor. Sin embargo, sorprende comprobar al respecto que dicho autor niega que la economía política tenga el carácter de ciencia autónoma con problemas propios. Empero, la acción combinada de varios factores de carácter divergente origina precisamente ciertos problemas específicos que no pueden ser analizados por otra ciencia. “No podemos abandonar completamente al psicólogo la curva de la demanda, ni al ingeniero la de los costos.”⁵⁹ Sin un estudio sistemático, que requiere un aparato teórico, estamos desamparados ante dicha materia compleja. Si debiera practicarse la economía política como un “arte”, tal y como lo desea Schoeffler, habría que analizar cada vez individualmente esas correlaciones complicadas por medio de situaciones concretas variables. La ciencia económica no podría entonces cumplir con la tarea que Schoeffler le asigna. Por otra parte, el autor en cuestión se contradice en su libro cuando, en un caso, da la impresión de considerar sin valor la teoría existente y de querer desecharla completamente (sin espíritu constructivo) y, en otro, reconoce que tiene una función útil.

XII

De esta reseña, incompleta en varios aspectos, de las preocupaciones que embargan a los economistas en la hora presente, se deduce que la ciencia económica atraviesa una época difícil de su desarrollo. Se le pide más que

⁵⁷ J. Tinbergen, “The Functions of Mathematic Treatment”, *Review of Economics and Statistics*, 1954, p. 368.

⁵⁸ F. H. Knight, “Institutionalism and Empirism in Economics”, *American Economics Review*, 1952 (*Papers and proceedings of the American Economic Association*), p. 55. “La part du déterminisme et celle de l’organisation en économie”, *Réalisme économique et progrès social* (Semaines sociales de France, XXXVI^e sesión, Lille, 1949), Lyon-París, mismo año, pp. 173 y siguientes.

⁵⁹ K. E. Boulding, “Professor Tarshis and the State of Economics”, *American Economic Review*, 1948, p. 95.

antes; a consecuencia de las intervenciones oficiales, cada vez más frecuentes, en la vida económica, no satisfacen ya las especulaciones abstractas ni los conocimientos generales, sino que se exigen de esta ciencia resultados más concretos y prácticos. La ciencia económica debe cumplir con dicha misión en una época que se caracteriza por cambios profundos en la estructura de la economía que suscitan nuevos problemas para los cuales los conceptos y los esquemas tradicionales tienen tan sólo una utilidad parcial. Con frecuencia pone de relieve que no puede responder más que de modo imperfecto a las cuestiones que se le plantean.

Los esfuerzos realizados para inculcarle una utilidad práctica, principalmente para establecer previsiones y desarrollar la teoría, mostraron los límites de sus posibilidades. Muchas veces tales esfuerzos han conducido a una dispersión cada vez mayor y a una multiplicidad de casos especiales; a menudo pareció que las posibilidades que pueden surgir en una situación determinada son casi ilimitadas y que toda hipótesis se vuelve arbitraria; tal es el caso, por ejemplo, de la amplitud y de la velocidad de reacción en los modelos dinámicos.⁶⁰ Todo eso sirvió para subrayar más vigorosamente la relatividad de los resultados de la teoría; a veces parece que los puntos de apoyo pierden valor a medida que progresa la investigación. Unos esfuerzos tendientes a una reconstitución más o menos fundamental, como la ley de las probabilidades, se integran, en ocasiones, difícilmente en la teoría ordinaria; hacen dudar de su utilidad no obstante ser todavía fragmentarios e inciertas sus perspectivas. Independientemente de dichas dificultades, el desarrollo reciente de la ciencia provocó una cierta desilusión.

Por consiguiente, no debe sorprender que tanto ciertos economistas como elementos extraños, experimenten malestar respecto a las realizaciones de esta ciencia y que varios economistas no vacilen en considerar dicha situación como una crisis de la misma. Pero, ¿se trata en verdad de una crisis? Es difícil dar una contestación objetiva a dicha pregunta. Las opiniones que se emiten sobre ese asunto deben resumirse, en parte, a una cuestión de terminología, esto es a definir lo que debe entenderse por crisis,⁶¹ y en parte a una apreciación personal. A pesar de todas las dificultades aparentemente insolubles y de todas las debilidades de la ciencia económica, parece que el término crisis proporciona una interpretación demasiado pesimista de la verdadera situación. Esta calificación deja una impresión de inmovilidad y de impotencia frente a la innovación, que no corresponde a la realidad; exagera los defectos de lo que existe y siembra la confusión

⁶⁰ Comparar, por ejemplo, K. E. Boulding, "In Defense of Statistics", *Quarterly Journal of Economics*, 1955, en particular, p. 487 y siguientes, y F. Lutz, *Zinstheorie*, Zurich-Tubinga, 1956, pp. 157-158.

⁶¹ Comparar, por ejemplo, las tres interpretaciones posibles de la crisis de la ciencia económica distinguidas por A. Tomaselli, "Ancora sulla pretesa crisi della scienza economica", *Giornale degli Economisti*, 1952.

respecto al porvenir; subestima los innegables progresos logrados en el curso de las últimas décadas; crea un sentimiento de desaliento que, en verdad, no prevalece en la mayoría de los economistas. La ciencia económica presenta siempre una vitalidad y una actividad grandes; se esfuerza vigorosamente por superar sus insuficiencias y no vacila en acometer el examen de nuevos problemas ni en experimentar métodos e ideas novedosos. Numerosos fenómenos que se califican de crisis deben más bien considerarse como síntomas de crecimiento y de progreso.⁶²

Es inútil discutir sobre esta cuestión: las insuficiencias de la ciencia económica, ¿son imputables a los economistas?; ¿hubiera logrado dicha ciencia adelantos más positivos si sus cultivadores hubiesen sido más inteligentes y más progresistas? La discusión de las críticas recientes contra los métodos y las realizaciones de la ciencia económica reveló que las censuras que contra ella se formulan son, en su mayoría, superficiales, fuera de lugar e injustas aun cuando encierren algunos elementos exactos. La afirmación de que la ciencia económica se encuentra totalmente desorientada no ha podido probarse.

A pesar de que las consideraciones expuestas en las diversas críticas pueden ser de utilidad, porque atraen la atención sobre problemas fundamentales insuficientemente resueltos todavía e incitan, por tanto, a reflexiones más hondas y de ninguna manera superfluas, revelan, en cambio, ciertas tendencias peligrosas. Su negativismo respecto a la mayor parte de los aspectos de la ciencia económica contemporánea es injustificado y puede ejercer una influencia nefasta tanto desde el punto de vista científico como social.

En la actualidad, no se puede todavía prever si los esfuerzos a favor de reformas más o menos radicales elevarán la ciencia económica a un nivel más alto, ni si las esperanzas de Zeuten, que aspiran, entre otras cosas, a que los nuevos métodos estadísticos "ayuden a la economía a convertirse en una ciencia tan respetable y útil como las demás",⁶³ se realizarán. No se niega que las dificultades a las que se enfrenta continuamente el análisis económico sean inherentes a la materia, ni que las soluciones perfectas puedan lograrse o que no exista método capaz de proporcionar las verdades a que desea llegar la ciencia económica. Pero hasta en ese caso, no hay razón para desesperar de su importancia ni de su porvenir; si no puede satisfacer enteramente todos esos deseos, le queda aún una tarea importante y fecunda por realizar.

De todos modos, mientras no se encuentre otra cosa mejor, el rechazo de las realizaciones en su conjunto, por considerarlas incompletas, equi-

⁶² En este sentido, véase igualmente A. Marchal, *La pensée économique en France depuis 1945*, París, 1953, p. 5.

⁶³ F. Zeuten, "Is Input-Output Analysis the Entrance to Efficient Economics?", *Economia Internazionale*, 1957, p. 714.

valdría a dar prueba de un espíritu destructivo prematuro e injustificado. No se puede dejar de reconocer, sin reservas, que la ciencia económica, aun en su imperfecto estado actual, comprende numerosos conocimientos científicos muy provechosos. Sus verdades sencillas, pero tantas veces desconocidas en la vida ordinaria, sus "fundamentos inquebrantables" como dice Robbins,⁶⁴ revisten una gran importancia para disipar errores muy difundidos que por lo regular resurgen; la disciplina de pensamiento en materia de correlaciones económicas es una adquisición demasiado valiosa y lograda a costa de demasiados esfuerzos para rechazarla a la ligera. Constituiría una exageración fatal creer que el conjunto de los modos de pensar y de las doctrinas tradicionales han perdido su utilidad. Por cierto, que puede ser necesario prevenirse contra toda sobrestimación de nuestros conocimientos económicos, como lo ha hecho, todavía recientemente, Lundberg.⁶⁵ Sin embargo, socavando la autoridad ya precaria con que dicha ciencia debe defenderse contra la incomprensión, los prejuicios y los intereses de los grupos, el escepticismo denigrante de ciertos críticos compromete la contribución modesta, pero esencial, para una política económica racional.

La tendencia de varios de los adversarios más recientes de la ciencia económica, queriendo arrasar las realizaciones alcanzadas por numerosas generaciones, no representa únicamente un orgullo intelectual sino que se opone también al desarrollo normal de la ciencia. Cualesquiera que sean los progresos, aún insospechados, la ciencia ya edificada no perderá su valor. "Una de las lecciones más prominentes de la historia del pensamiento humano consiste en que las ideas nuevas no inducen al abandono de la herencia adquirida; las ideas nuevas son absorbidas por el conocimiento existente que, como resultado de dicha asimilación, pasa a ser levemente distinto."⁶⁶ La escuela de la utilidad conserva mucho de la doctrina clásica marginal; muchas de las ideas de Keynes se vinculan a la obra de sus predecesores; la teoría clásica que dicho autor combatió, subsiste en la síntesis post-keynesiana. Gracias a dicha continuidad, que se manifiesta a pesar de apariencias contrarias, puede esperarse que lo que existe y lo que ha sido realizado sobrevivirá en gran parte. La ciencia económica no puede tener éxito en su desarrollo ulterior si vuelve a empezar a partir de cero y si rechaza lo acumulado durante siglos. Sólo alcanzará el éxito, continuando la obra iniciada, mejorándola y complementándola. "El in-

⁶⁴ L. Robbins, *The Economist in the Twentieth Century*, Londres, 1954, p. 8; comparar también K. E. Boulding, "In Defense of Statistics", *Quarterly Journal of Economics*, 1955, p. 499 y siguientes.

⁶⁵ E. Lundberg, *Business Cycles and Economic Policy*, Londres, 1957, particularmente pp. 298 y siguientes.

⁶⁶ G. J. Stigler, *Five Lectures on Economic Problems*, Londres, 1949, p. 24; comparar también J. Akerman, "Is it Possible to Complete Economic Theories?", *Economia Internazionale*, 1957, pp. 413 y siguientes. En "Orthodox Economy Theory: A Defense", *Journal of Political Economy*, 1936, J. A. Estey subraya el poder que la ciencia económica "ortodoxa" tiene para asimilar los ataques lanzados contra ella y que dan fe de su vitalidad.

ventor de una nueva síntesis que todos esperamos, será aquel que no olvidará nada de lo que se ha dicho y de lo que sigue viviendo en el desarrollo largo y laborioso de nuestra ciencia que se inició hace doscientos años"; así se expresa un sabio de la ciencia económica, cuya opinión es compartida por uno de sus representantes jóvenes más capacitados: "El porvenir de la ciencia económica reside en el perfeccionamiento continuo de la ciencia que nuestros padres y abuelos nos legaron. Reside en eso y no en otra parte."⁶⁷

Es buen indicio que la mayoría de los economistas trabajen con ese espíritu en pro del desarrollo de su profesión, sin inquietarse excesivamente por la pretendida crisis en que se debate, sin preocuparse mucho tampoco por la ola de reproches dirigidos continuamente contra su obra, pero también sin abandonarse a una injustificada actitud de suficiencia. La obra de la ciencia es infinita. Sus aspiraciones no se colman jamás. Sin embargo, en vez de ser un estímulo indispensable, dicha sed de perfección se convierte en un obstáculo del progreso cuando degenera en negación absoluta frente a la imperfección; en perfeccionamiento paralizador, que prefiere la nada a lo imperfecto, que es lo peculiar del ser humano y de la ciencia.

A pesar de todas las críticas que ha tenido que afrontar regularmente desde su infancia, la ciencia económica prueba poseer siempre una gran vitalidad. En verdad, puede sacar provecho de los diversos argumentos de sus adversarios contemporáneos, pero subsistirá intacta a sus ataques y a sus sentencias condenatorias.

⁶⁷ L. Einaudi, "Wirtschaftswissenschaft und Wirtschaftswissenschaftler von Heute", *Zeitschrift für Nationalökonomie*, 1954, pp. 206-207; M. Allais, "Les voies fécondes de la théorie économique", *Nouvelle Revue de l'économie contemporaine*, 1952, p. 5. Comparar igualmente J. Weiller, "L'économiste au travail, à l'âge des insuccès", *Critique*, 1953, I, pp. 554-555.